

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

SUA

“INFLUENCIA DEL ESTILO DE CRIANZA EN EL
DESARROLLO Y PERSONALIDAD DE LOS NIÑOS”

TESINA

PARA OBTENER EL TÍTULO DE LICENCIADA EN PSICOLOGÍA

PRESENTA

ANGELINA LUCIA NUÑEZ DE ALVAREZ FALCONI

DIRECTORA

LIC. MARGARITA MOLINA AVILES

CIUDAD UNIVERSITARIA

MÉXICO

2010



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Agradecimiento y Dedicatoria

Dedicado a mis nietas, Isabella, Ana Sofía y Hanna, por ser una luz en mi vida y la inspiración de este trabajo.

Agradezco a mi esposo Gustavo, el compañero de mi vida por su apoyo y paciencia.

A Margarita Molina por su apoyo y guía.

A José Manuel Martínez y Araceli Lambarri por sus observaciones y su valioso tiempo.

INDICE

Resumen-----	5
Introducción -----	6
Capítulo 1	
Tipos de Aprendizaje Importantes en el Desarrollo Infantil y la Formación de la Personalidad-----11	
1.1 Condicionamiento Clásico (Aprendizaje conductual)-----	11
1.2 Condicionamiento Operante-----	11
1.3 Aprendizaje por Observación o Imitación-----	12
1.4 Teoría de Piaget (Aprendizaje cognitivo)-----	13
1.5 Teoría de Erik Erikson (Contexto socio-emocional del desarrollo) -----	16
1.6 Teoría de Vygotsky (Interaccionismo social)-----	16
Capítulo 2	
El Desarrollo de la Personalidad y la Función Familiar, su Influencia y Responsabilidad-----18	
2.1 Desarrollo de la Personalidad-----	18
2.2 Función Familiar su Influencia y Responsabilidad-----	20
Capítulo 3	
El Apego-----23	
3.1 Jon Bowlby-----	24
3.2 Etapas del Apego-----	25
3.3 Conductas de Apego-----	25

3.4 Mary Ainsworth y la Situación del Extraño-----	26
3.5 Otros Investigadores-----	27
3.6 Causas que Intervienen en la Calidad del Apego-----	28
Capítulo 4	
Los Padres Como Guías, Maestros y Capacitadores-----	30
4.1 Del Autoritarismo a la Permisividad-----	30
4.2 La Presencia y el Tiempo de los Padres-----	32
4.3 Los Padres como Capacitadores-----	32
Capítulo 5	
La Evolución de la Mujer y la Maternidad y los Cambios en el Hombre como Consecuencia-----	34
5.1 La Evolución Social de la Mujer-----	34
5.2 La Evolución de las Mujeres como Madres-----	37
5.3 Cambios Consecuentes en el Hombre-----	39
Capítulo 6	
Estilos de Crianza-----	40
6.1 Juegos Familiares-----	40
6.2 Estilos de Paternaje y sus Consecuencias-----	41
6.2.1 Los Padres Permisivos-----	41
6.2.2 Los Padres Ambivalentes-----	42
6.2.3 Los Padres Sobreprotectores-----	43
6.2.4 Razones por las que los Padres Sienten la necesidad de Dar todo y sus Consecuencias-----	46

6.2.5 Los Padres Autoritarios-----	47
6.2.6 Los Padres Chantajistas-----	48
6.2.7 Los Padres Autoritativos-----	49
6.2.8 Los Padres Amigos-----	49
6.2.9 Conductas Inadecuadas para el Desarrollo del Niño-----	49
Capítulo 7	
Propuesta-----	51
Conclusiones-----	54
Referencias-----	56

RESUMEN

Este trabajo tiene como objetivo descubrir la relación que existe entre el estilo de crianza ejercido por los padres y la influencia que éste tiene en el desarrollo de los niños, las implicaciones en su comportamiento, en su desempeño y la formación de su personalidad. De igual manera pretende que como padres nos hagamos conscientes de la importancia que tiene la forma en que tratamos a nuestros hijos, lo que les decimos e inculcamos, así como el conocimiento que tenemos sobre cuál es el curso del desarrollo humano. Y nos hagamos responsables de las decisiones que tomamos acerca de la forma en como los educamos.

Se realizó una amplia investigación bibliográfica sobre el tema, haciendo una selección de autores expertos en las materias relacionadas, como desarrollo humano, pedagogía, educación, disciplina, límites, psicología infantil, psicología educativa, psicología del aprendizaje psicología de la instrucción, psicología preventiva, etc., así como una recopilación de la información apropiada. Además de algunas experiencias personales y en el ejercicio de mi labor durante 28 años como maestra de grupo de educación primaria.

La propuesta central de esta investigación está en la invitación a los padres para que intenten una educación con límites, consciente e inteligente, basada tanto en el respeto, la responsabilidad y la información, y con los valores convenientes y necesarios para lograr un desarrollo armónico, donde los padres ejerzan su papel de autoridad con dignidad y orgullo, en donde el niño se haga responsable de las consecuencias de sus actos, al mismo tiempo que se sienta protegido, seguro y tomado en cuenta

INTRODUCCIÓN

Uno de los fenómenos más fascinantes que nos es dado presenciar es el desarrollo de un niño, su esfuerzo por crecer, en todos sentidos, y, a pesar de ser desvalido, convertirse en adulto, el como un recién nacido se transforma en una persona autónoma, hábil, dotada de capacidades muy diversas y complejas, llegando a ser capaz de relacionarse con otros.

Dentro de los seres que nacen, los seres humanos llegan al mundo mucho más incompletos que el resto de ellos, es decir que, existe mucho más distancia entre un niño y su madre que entre un becerro y la suya. Al nacer los hombres sólo son un conjunto de posibilidades que se pueden desarrollar potencialmente en muchas direcciones, las cuales se ven influenciadas por situaciones como el nacer en un país determinado, dentro de una determinada clase social, en el seno de una determinada familia y en un momento histórico dado que, marcarán sin lugar a dudas, coadyuvando o restringiendo muchas de esas posibilidades.

El desarrollo es un proceso continuo a través de la vida que comienza al iniciarse ésta con la concepción, la secuencia del desarrollo en el periodo prenatal es fijo e invariable. La cabeza, los ojos, el tronco, los brazos, las piernas, los genitales, los órganos internos se desarrollan en el mismo orden y aproximadamente a las mismas edades prenatales en casi todos los fetos. Y nueve meses después de la concepción generalmente nace el niño.

Si bien los procesos que sustentan el desarrollo humano son complejos tanto antes como después de nacer, estos ocurren de acuerdo con diversos principios generales, con ritmos regulares. Después del nacimiento, existen patrones definidos de crecimiento físico, capacidades motoras, cognitivas, lingüísticas y sociales en todo individuo.

En la sala de recién nacidos de un hospital hay niños de todo tipo y con diferentes antecedentes, color, peso, talla, pero que cuando se les observa dentro de sus cunas es impresionante las similitudes que existen entre ellos, son pequeñitos y arrugados, sus piernas son muy cortas y sus cabezas muy grandes en proporción con el resto de sus cuerpos, son indefensos y vulnerables, sin embargo, todos ellos reaccionan ante muchos estímulos y tienen muchas capacidades. (Paul Mussen, 1983) Pueden ver, escuchar y oler, son sensibles al dolor, al tacto y al cambio de posición, también son capaces de realizar muchas actividades y poseen varias respuestas no aprendidas (reflejos), lloran, se retuercen, tosen, voltean la cabeza, levantan la barbilla, asen (toman y aprietan) objetos colocados en la palma de sus

manos, pueden seguir con los ojos una luz que se mueve, un dedo o un pezón introducido en la boca les suscita fuertes respuestas de succión, etc.

Pero también podemos observar muchas diferencias entre estos niños recién nacidos, algunos son tranquilos y parecen contentos, otros se muestran inquietos y lloran la mayor parte del tiempo, muchos parecen estar tensos, otros relajados, algunos reaccionan con mucha rapidez a los estímulos, otros lo hacen más lentamente, etc.

Los niños crecen a un ritmo sorprendente durante los primeros años. Al final del primer año su estatura aumenta casi el 50%, y su peso aproximadamente se triplica. Para entonces, muchos pronuncian sus primeras palabras e intentan caminar sin ayuda. Al llegar a los 2 años de edad la mayor cantidad de los niños caminan con seguridad, pero corren con alguna torpeza, y comienzan a construir oraciones muy cortas de dos o tres palabras. A la edad de 4 años, su lenguaje se parece al de los adultos de muchas maneras, su imaginación probablemente será fértil, y sus procesos de pensamiento son mucho más complejos de lo que fueron anteriormente

(Delval, 1994). Sin embargo las diferencias individuales son muy notorias, puesto que, algunos niños caminan a los 10 meses de edad, otros a los 18 meses; algunos dicen sus primeras palabras a los 9 ò 10 meses, otros no lo hacen hasta que cumplen más de 2 años (Hoffman, Paris y Hall. 1995). En cualquier grupo de niños que comienza a caminar, siempre hay algunos que se mueven constantemente, y exploran, saltan, prueban cosas, en tanto que otros juegan tranquilamente. Las normas del desarrollo especifican promedios del rango de variabilidades que existen entre los niños normales (Santrock, 2002).

Todas las características y capacidades del individuo, así como los cambios en el desarrollo, son producto de dos procesos básicos y complejos: “La maduración” (los cambios orgánicos, neurofisiológicos-bioquímicos, que ocurren dentro del cuerpo de un individuo que son relativamente independientes de las condiciones ambientales externas) y “la experiencia” (aprendizaje y práctica). Como la maduración y el aprendizaje casi siempre interactúan, resulta difícil separar sus efectos o especificar sus contribuciones relativas al desarrollo psicológico (Mussen, 1983).

Es cierto que el crecimiento y los cambios prenatales en las proporciones del cuerpo y la estructura del sistema nervioso son producto de procesos de maduración, más bien que de experiencia, sin embargo, los factores ambientales como la nutrición y las condiciones de vida afectan el físico y la tasa del crecimiento del feto. A su vez, el desarrollo de las destrezas motoras, y de las funciones cognitivas después del nacimiento, dependen

de la maduración y de la experiencia y de la interacción entre ambas. Pero también es verdad que no se puede enseñar a un niño a permanecer de pie o a caminar hasta que su aparato nervioso y muscular ha madurado lo suficiente; ni se puede enseñar a un niño a leer y escribir antes de que esté maduro y preparado para ello y una vez adquirida dichas destrezas, mejoran con la experiencia y la práctica (Papalia, Wendkos, Duskin, 2003).

Es importante precisar que todos los niños se desarrollan parte, como todos los demás niños, en otra parte como algunos otros niños y, por otro lado, como ningún otro niño. Todos los seres humanos viajan por caminos comunes, aunque lleguen a sus metas en momentos diferentes. Recordemos que el desarrollo es un patrón de cambios biológicos, cognitivos y socioemocionales que empiezan en la concepción y continúan durante toda la vida, en donde existen las tendencias generales de crecimiento y desarrollo y las tendencias individuales, además de la influencia determinante del ambiente en el que se desarrolla.

Dentro de la familia. los padres como guías y educadores tienen la responsabilidad de formar niños sanos y felices, para lo que no bastan sólo las buenas intenciones, sino que se requiere de compromiso y conocimientos, ya que los padres en su relación cotidiana con el niño van a moldear la forma como él se relaciona con otras personas y con el mundo (Delval, 1989).

Para comprender y encontrar el origen de muchos de los problemas que llegan al consultorio de un psicólogo, la investigación psicológica ha logrado aislar muchos de estos problemas y relacionarlos con factores presentes en el ambiente que ha rodeado al individuo y la forma como éste los ha afrontado (Hernández Guzmán, 1999).

Los métodos fundamentales de investigación en la psicología, como en todas las disciplinas científicas, son los estudios experimentales, correlacionales, encuestas, entrevistas, estudios de casos y la observación directa y controlada del comportamiento (Mussen, 1983). Por otra parte, un hallazgo de investigación, para serlo, se somete al escrutinio de una comunidad experta; para que se acepte como confiable y creíble y, por lo tanto, digno de que de él se deriven recomendaciones. La psicología ha hecho aportaciones muy importantes al conocimiento del desarrollo humano, y toca ahora convertir esas aportaciones en recomendaciones útiles para los padres de hoy. Ya sea para que ellos mismos ajusten sus prácticas de crianza de acuerdo con las recomendaciones, o bien, participen en programas diseñados y aplicados por psicólogos especializados para

ayudarles a fomentar la salud psicológica de sus hijos (Hernández Guzmán, 1999).

Si bien, encontramos un número cada vez mayor de artículos en revistas de divulgación y libros sobre como educar a los niños, proporcionando toda clase de recomendaciones, son muy escasos los que se basan en datos de investigación científica psicológica (Hernández Guzmán, 1999).

Tomando en cuenta los cambios que existen en la actualidad en las condiciones de vida de los padres de familia, donde la madre aporta de manera importante a la economía familiar y en muchos casos sigue conservando su rol de sustento moral, afectivo y educativo, y en la gran mayoría de los casos sigue siendo ella quien continúa exponiendo cuáles son las reglas que se siguen en casa, así como la responsabilidad de las rutinas y crianza de los hijos.

La aplicación adecuada de la crianza y educación de los hijos dentro del hogar constituye uno de los elementos más importantes para lograr un crecimiento sano y armónico del niño, que se manifestará en su desenvolvimiento personal, social, académico y emocional, es decir en su personalidad.

Ser padre es una gran responsabilidad y un privilegio, cuando los padres quieren mejorar sus técnicas y conocimientos para educar a sus hijos, generalmente buscan información sobre los pequeños, y rara vez se detienen a reflexionar en ¿cómo soy yo como madre o padre?, ¿cómo me relaciono con mi hijo? ¿cómo lograr mis objetivos teniendo en cuenta quien soy?, sin percatarme de la forma como ejerzo mi paternaje, ¿cuál es el estilo de crianza que practico?.

Conocerse como padre es tan importante como conocer a los hijos. Los problemas que presentan los hijos no son sólo de ellos, puesto que desencadenan reacciones y adaptaciones interconectadas de amplio espectro, llegando a afectar a la familia en la que se desarrolla el niño con estos problemas, influyéndola y siendo influida por ellos (Sorrentino, 1990).

Así como existen varios métodos educativos en la enseñanza académica formal, también existen varios tipos de padres de acuerdo al estilo con el que se relacionan con sus hijos y ejercen la autoridad. Cuando los padres llegan a mal entender el amor o inconscientemente tratan de prolongar la atadura y dependencia de sus hijos, se convierten en sus esclavos, ocasionando gravísimos perjuicios. Los padres inmaduros (Juárez Badillo,

2008) exhiben sin planearlo sus temores, caprichos, ansiedades, aprensiones, sus pasiones, ante el niño.

Si bien es sabido las repercusiones de una disciplina rígida (que aún se practica), bajo la utilización de castigos, ha surgido el polo opuesto en donde la permisividad se puede igualar a la desatención o abandono de los hijos, la cual también tiene sus consecuencias propias y más lamentables; (Papalia, 1992) la literatura en psicología del desarrollo relaciona varios tipos de conducta del niño antisocial al estilo parental permisivo.

Por lo que el centro de interés de la siguiente investigación es confirmar la influencia que tiene el estilo de crianza que ejercen los padres (estilo parental) en el desarrollo de los niños y la formación de su personalidad.

En el primer capítulo se hace un breve y muy simplificado análisis de los tipos de aprendizaje que revisten importancia en el desarrollo infantil y la formación de la personalidad; tanto del condicionamiento, como del aprendizaje por observación o imitación, parte de la teoría infantil de Erik Erikson, la idea de Piaget acerca de cómo el niño tiene una participación activa en su proceso de aprendizaje y la de Vygotsky de cómo los niños construyen su conocimiento a través de las interacciones sociales con los demás.

En el segundo capítulo se revisará la formación de la personalidad, la función familiar su influencia y responsabilidad.

En el tercer capítulo hablaremos de la teoría del apego, las etapas y conductas del mismo, de Bowlby, Mary Ainsworth, algunos otros autores y las diferencias individuales en el apego.

El cuarto capítulo se trata de la visión de los padres como guías, maestros y capacitadores.

En el quinto capítulo se verá la evolución de la mujer y la maternidad y los cambios en los hombres como consecuencia.

Para el sexto capítulo se examinarán los estilos de crianza.

En el séptimo y último capítulo se encontrará una propuesta sobre un estilo de crianza más adecuado a las circunstancias vividas en la actualidad. Para terminar con las conclusiones.

CAPITULO UNO

TIPOS DE APRENDIZAJE IMPORTANTES EN EL DESARROLLO INFANTIL Y LA FORMACIÓN DE LA PERSONALIDAD.

En los primeros años de vida se lleva a cabo tanto el desarrollo del niño, como su desenvolvimiento personal y social, adquiriendo capacidades fundamentales que confirman su gran potencialidad de aprender. En este período tiene lugar un intenso trabajo que tiene como base la propia constitución biológica, así como también las experiencias sociales de su vida que desempeñan un papel preponderante en este proceso. Mediante la forma en que se da su interacción con otras personas ya sean adultos o niños.

Por esta razón ha llegado a ser cada vez más importante el estudio de la infancia, tanto en sus elementos teóricos como prácticos; el desarrollo humano depende además de su maduración biológica en gran medida del aprendizaje y la experiencia. A fin de comprender estos procesos debemos conocer y comprender las bases sobre las cuales debe construirse el aprendizaje.

1.1 Condicionamiento Clásico (Aprendizaje conductual)

La clase de aprendizaje demostrada por Pavlov en la primera parte del siglo pasado se denominó condicionamiento clásico, y una parte del aprendizaje del niño tiene que ver con dicho condicionamiento, o con la formación de nuevas asociaciones entre estímulos y respuestas. Por citar un ejemplo, si una madre muestra el biberón cada vez que coloca el pezón en la boca de su bebé, el pezón suscita respuestas de succión (incondicionado); después de varias experiencias en que la vista del biberón se aparea a las sensaciones del pezón en la boca, el niño hará movimientos de succión tan pronto como vea la botella (condicionado) (Chance, 1984).

1.2 Condicionamiento Operante

En el condicionamiento operante, una respuesta que ya está en el repertorio del niño, es reforzada con alimento, comodidad, aprobación, o con un premio, y con ello se fortalece. Esto es, existe una mayor probabilidad de que la respuesta se repita; por ejemplo, se reforzó a un niño de tres meses de edad cada vez que vocalizaba (sonriéndole y tocándole ligeramente el abdomen) lo que dió por resultado un incremento en la frecuencia de sus vocalizaciones. Muchas de las respuestas del niño

son modificadas o moldeadas mediante el condicionamiento operante (Mussen, 1983). En un estudio (Chance, 1984) todos los niños en una escuela de párvulos, fueron reforzados con la aprobación y afecto manifiesto del maestro cada vez que tenía lugar una respuesta de ayuda mutua y de cooperación con los demás niños. Las respuestas agresivas como gritar, golpear, molestar o destruir cosas, fueron pasadas por alto o ignoradas. En un lapso breve, tuvieron lugar incrementos espectaculares en el número de respuestas sociales de ayuda y cooperación; al mismo tiempo que el número de respuestas agresivas descendió vivamente .

Desde muy temprano en la vida, la experiencia y los reforzadores comienzan a afectar la frecuencia con que los niños manifiestan respuestas sociales. En otro estudio (Mussen, 1983) los niños fueron reforzados tomándolos en brazos, sonriéndoles y hablándoles con cariño cada vez que sonreían. Después de eso, sonreían con mucho mayor frecuencia; pero cuando los reforzadores fueron interrumpidos, la frecuencia de las sonrisas disminuyó, y aumentaron las protestas como llorar, patear y gritar. Los experimentos demuestran que incluso los niños muy pequeños aprenden respuestas debido a los reforzadores. Así, muchas características de la personalidad, muchos motivos y respuestas sociales se aprenden por medio del contacto directo con el medio ambiente que recompensa determinadas respuestas y castiga o ignora otras como sugiere Vygotsky.

1.3 Aprendizaje por Observación

El aprendizaje por observación o imitación también comienza en una época temprana de la vida. La exposición que hace Piaget de la “imitación diferida” de su hija a los 6 meses, constituye un ejemplo. La niña fue visitada por un niño que hizo una terrible rabieta, chillaba, empujaba y golpeaba con los pies. Ella nunca había visto tal cosa antes y observaba azorada. Al día siguiente reprodujo las acciones del niño en forma exacta (Delval, 1994).

Los niños pueden aprender respuestas complejas al observar a otros, su repertorio comportamental se amplía en forma considerable por medio del aprendizaje por observación, este tipo de aprendizaje es sumamente efectivo, y en muchas ocasiones el reforzamiento no se requiere para evocar respuestas imitadas (Santrock, 2002). Después de que la respuesta ha quedado asociada con un estímulo o con un escenario ambiental, es probable que sea transferida a otras situaciones similares. Esto constituye el principio de la generalización. Si el niño ha aprendido a acariciar a su perro, probablemente acariciará a otros perros, en especial a los que son similares al suyo (Mussen, 1983).

Según Bandura (1987), los humanos aprenden la mayor parte de su conducta a través de la observación, por medio del modelado: al observar a los demás nos hacemos idea de cómo se efectúan las conductas nuevas y posteriormente, esta información codificada nos sirve como guía en la acción.

1.4 Teoría de Piaget (aprendizaje cognitivo)

En sus investigaciones Piaget (Mussen, 1983) llegó a creer que, en su mayor parte, el comportamiento del niño no está moldeado ni controlado primariamente por fuerzas externas; sino que más bien, los niños desean aprender e inician el aprendizaje; es decir, participan activamente en su proceso cognitivo. Construye su aprendizaje en tanto que transforma, organiza y reorganiza el conocimiento y la información previa.

En la construcción de su mundo un niño usa esquemas. Un esquema es un concepto de referencia que existe en la mente del individuo para organizar e interpretar la información (Piaget, 1969).

El interés de Piaget en los esquemas es ver como un niño organiza y encuentra sentido a sus experiencias diarias (Santrock, 2002).

Piaget afirmó (1969), que son dos los procesos responsables de cómo un niño usa y adapta sus esquemas: la asimilación y la acomodación. La asimilación ocurre cuando un niño incorpora un nuevo conocimiento al ya existente, en la asimilación los niños incorporan la información del medio a un esquema; la acomodación ocurre cuando un niño se ajusta a la nueva información, esto es, cuando los niños adaptan sus esquemas al medio.

Un ejemplo claro de este fenómeno es cómo a una niña de 7 años se le da un martillo y unos clavos para que clave un cuadro sobre una pared, cuando ella nunca ha usado un martillo, pero ha observado como otros lo hacen, y esto hace que ella sepa o tenga una idea de cómo hacerlo, al reconocer lo que se hace para clavar un cuadro en un muro, ella está acomodando su conocimiento a un esquema que ella poseía –asimilación- ; pero el martillo le resulta muy pesado, por lo que lo sostiene por la parte de arriba, y golpea muy despacio el clavo, por lo que éste no se mantiene, entonces ajusta su manera de tomar el martillo y la presión del golpe a dar, esta situación refleja su habilidad para adaptarse, modificar su aprendizaje y concepción del mundo que la rodea -acomodación- (Santrock, 2002), estos 2 procesos siempre están presentes en los retos que enfrenta el pensamiento de un individuo.

Para Piaget la inteligencia es la capacidad de adaptarse al medio ambiente y a las situaciones nuevas, de pensar y actuar en forma adaptativa, por lo que los niños siempre desempeñan una parte activa y creadora en el proceso de su propio desarrollo cognitivo. Para él, el desarrollo cognitivo viene de una secuencia de etapas regulares e invariables que a su vez se dividen en fases; es decir, todos los niños pasan por la misma sucesión de etapas del desarrollo, casi al mismo tiempo (sensoriomotriz, 0-2 años aprox., preoperacional, 3-7 años aprox., operacional concreta, 7-11 años aprox., operacional formal, 11-15 años aprox.) cada etapa tiene avances cualitativos (Mussen 1983). Piaget expuso cómo los conceptos no emergen de repente, sino que lo hacen a través de una serie de logros parciales que conducen hacia el entendimiento y la comprensión (Santrock,2002). El desarrollo es gradual y continuo y no abrupto ni súbito.

En la etapa sensoriomotriz, los infantes construyen un entendimiento del mundo coordinando las experiencias sensoriales con las acciones motrices y logran hacia el final de la etapa entender la permanencia del objeto (aunque el objeto no está, existe). Se desplazan de un estado indiferenciado en el cual difícilmente se distinguen a sí mismos del medio ambiente y pueden reaccionar sólo en actos reflejos, hacia un nivel de verdadera inteligencia, hacia una etapa en la cual pueden representar objetos mentalmente, resolver problemas e inventar formas nuevas de hacer cosas.

En el uso temprano del lenguaje en la etapa sensoriomotriz, las palabras son concretas y guardan una relación íntima con los deseos y acciones actuales del bebé, es decir es egocéntrico.

En la etapa preoperacional el pensamiento es más simbólico, aunque no se logre todavía algunas operaciones mentales importantes, el pensamiento preoperacional incluye las subetapas de función simbólica y pensamiento intuitivo. El egocentrismo, animismo y centración son limitantes. A medida que el pensamiento del niño se hace más complejo, aparecen nuevos procesos cognitivos y las destrezas intelectuales se incrementan. El niño empieza a utilizar símbolos mentales (imágenes y palabras) que significan y representan objetos que no están presentes. Se encuentran ejemplos sencillos en el juego de los niños: una bicicleta puede ser un aeroplano, una caja puede ser una casa y un trozo de tela una túnica. El uso de símbolos también se ve en la imitación diferida en donde el modelo a seguir no está presente en el momento en que el niño lo imita, pero que se basa en una representación mental del acontecimiento.

El animismo es la creencia de que los objetos inanimados, tienen la cualidad de actuar, ejemplo “la banca me cae mal, porque hizo que me tropezara”. La centración significa que la atención se enfoca o se centra

sólo a una característica de los objetos o situaciones, sin tomar en cuenta las demás; la centración se presenta con más claridad en los niños que carecen del sentido de conservación, es decir, la idea de que ciertas características de un objeto se conservan aunque éste cambie de apariencia.

Por ejemplo, el experimento más famoso de Piaget es cuando se les presenta a los niños dos recipientes iguales, con la misma cantidad de agua, después el líquido de uno de los recipientes se vierte a un tercero (delante a los niños) que es más alto y delgado, se le pregunta entonces si la cantidad de agua de este recipiente es igual al más corto y ancho, los niños que responden que “no”, están centrados sólo en la forma de cómo se ve el agua en el nuevo recipiente, característica de la etapa preoperacional del pensamiento, pasar la prueba significa que los niños están en la etapa de operaciones concretas, puesto que saben que si se regresa el líquido a su recipiente original, la cantidad seguirá siendo la misma.

Durante el período preoperacional el niño a menudo utiliza palabras para representar objetos y acontecimientos ausentes, pero que también guardan relación con sus deseos y acciones actuales, es decir, su lenguaje sigue siendo egocéntrico; situación que empieza a cambiar pasada la primera mitad de la etapa.

En la etapa operacional concreta, el niño realiza operaciones y el pensamiento lógico reemplaza al pensamiento intuitivo cuando el razonamiento puede aplicarse a ejemplos concretos y específicos. La clasificación, seriación y transitividad son destrezas operacionales importantes. El niño comprende que el revertir una acción trae consigo las condiciones originales en que empezó la acción (conservación), ejemplo, sabe que $4+2=6$ y que el procedimiento inverso será $6-4=2$ o que al 4 le faltan 2 para formar el 6 y no las operaciones meramente de memoria.

En la etapa operacional formal, el pensamiento es más abstracto, idealista y lógico. El razonamiento hipotético-deductivo se vuelve importante. El egocentrismo caracteriza a algunos adolescentes en su primera etapa.

Piaget mostró cómo los niños almacenan sus experiencias dentro de esquemas (marco de referencia cognitivo), al tiempo que adaptan sus esquemas a las experiencias (Santrock, 2002).

Si el niño, explica al adulto en que se convertirá, puede decirse que cada periodo del desarrollo es la plataforma, en gran parte, de los siguientes estadios. Esto resulta especialmente claro en lo que concierne al periodo anterior al lenguaje, llamado periodo “senso-motor” porque a falta de

función simbólica, el desarrollo mental durante aproximadamente los primeros 18 meses de la existencia es particularmente rápido y de importancia especial, porque el niño elabora a ese nivel el conjunto de las subestructuras cognitivas que servirán de punto de partida a sus construcciones perspectivas e intelectuales ulteriores, así como cierto número de reacciones afectivas elementales, que determinarán de algún modo su afectividad consiguiente (Piaget e Inhelder, 1969).

1.5 Teoría de Erik Erikson (contexto socio-emocional del desarrollo)

Erik Erikson (1902-1994), prominente psicoanalista y teórico de la psicología infantil, considera que el primer año de vida es un período crítico para el desarrollo de la confianza hacia otros. El niño que no experimenta cordialidad, amor, constancia y/o satisfacción adecuada de sus necesidades durante este tiempo, puede no desarrollar un sentido de confianza en si mismo, y por ende en los demás, por lo que probablemente mostrará poca estabilidad emocional y desajustes, y en consecuencia puede no formar relaciones satisfactorias en etapas posteriores. De manera análoga, parecen haber periodos de disposición, para aprender diversas tareas, el niño que no aprende a realizar estas tareas en estos periodos, puede experimentar dificultades para aprenderlas después (Mussen, 1996).

También expone la idea de que las experiencias de los niños en una etapa de su desarrollo, afectan a su desarrollo posterior. Si una mujer embarazada sufre desnutrición, el niño que lleva en el vientre puede no desarrollar el número normal de células cerebrales y, por lo tanto, puede nacer con una deficiencia mental. Los niños que ven pasar los primeros meses de su vida en ambientes poco o nada estimulantes, parecen ser deficientes con respecto a destrezas cognitivas y tienen un rendimiento pobre en la pruebas de funcionamiento intelectual en las etapas posteriores de la niñez (Mussen, 1996).

1.5 Teoría de Vygotsky (Interaccionismo social)

Vygotsky (Santrock, 2002), articuló algunas ideas únicas e influyentes acerca de la relación entre el aprendizaje y el desarrollo. Estas ideas reflejan un especial punto de vista de que el funcionamiento cognitivo tiene orígenes sociales. Una de las ideas de Vygotsky es su concepto de las zonas de desarrollo próximo. Con este término Vygotsky se refiere al rango de las tareas que son muy difíciles para que los niños las realicen solos, pero que pueden ser aprendidas con la asistencia o guía de adultos o compañeros más calificados.

Ligado de manera estrecha con la idea de zona de desarrollo próximo, está el concepto de andamiaje. El andamiaje es una técnica para cambiar el nivel de apoyo. Es una estrategia de enseñanza durante una sesión de aprendizaje, donde una persona más capacitada ajusta la ayuda pedagógica para encajar en el nivel de desarrollo del niño.

Vygotsky piensa que un niño pequeño usa el lenguaje no sólo para comunicarse con los demás, sino también para planear, guiar y monitorear su comportamiento como autorregulador en una comunicación interna y privada. Vygotsky creía que el pensamiento y el lenguaje se desarrollan de manera independiente uno del otro, para luego fusionarse.

Vygotsky al igual que Piaget creía que los niños construyen activamente sus conocimientos. Son tres ideas las que se encuentran en el corazón de su teoría: 1) las destrezas cognitivas necesitan ser interpretadas a la luz del desarrollo, 2) que éstas son mediadas por herramientas que le dan forma, y la más importante de estas herramientas es el lenguaje, y 3) las destrezas cognitivas tienen su origen en las relaciones sociales y en la cultura (Santrock, 2002).

CAPITULO DOS

EL DESARROLLO DE LA PERSONALIDAD Y LA FUNCION FAMILIAR, SU INFLUENCIA Y RESPONSABILIDAD

El primer aprendizaje social de un niño tiene lugar en el hogar, en forma característica la madre satisface las necesidades primarias de su hijo, en estas circunstancias la presencia de la madre llega a estar asociada con la satisfacción de necesidades y empieza a significar placer; pero en realidad se establece una relación recíproca, puesto que el niño también provoca que se le dé atención, y algunas otras respuestas de afecto, con sonrisas, vocalizaciones y movimientos de acercamiento (Delval,1994).

De acuerdo con muchos teóricos el desarrollo del apego y la interdependencia, así como los intensos sentimientos que entran en juego, forman las bases de un sentido de confianza en otros y en el mundo. Si la madre es la fuente de experiencias agradables y satisfactorias, el niño confiará en ella. Esta confianza se generalizará a otros y se reflejará en actitudes sociales favorables. Por el contrario, una madre que no es confiable y no atiende de forma adecuada las necesidades del bebé, no produce un sentimiento de apego en el niño; más bien su descuido produce desconfianza en él.

Erikson afirma que: "...las experiencias vinculadas con la alimentación son una fuente primaria para el desarrollo de confianza: alrededor de los 4 meses de edad, un niño hambriento se tranquiliza y mostrará señales de placer al oír que alguien se acerca, anticipando (confiando) en que se le levantará en brazos y se le alimentará. Esta experiencia repetida de estar hambriento, de ver el alimento, de recibirlo y de sentirse aliviado y confortado asegura al niño que el mundo es un lugar confiable" (Santrock, 2002).

2.1 Desarrollo de la Personalidad

El término personalidad es un concepto amplio que se refiere a la organización duradera de las predisposiciones, características o rasgos, motivaciones, valores y formas de ajuste del individuo al medio (Murria, 1938). El desarrollo de la personalidad es un proceso complicado, conformado por un gran número de factores interrelacionados que interactúan continuamente: a)- Factores de tipo biológico, que incluyen la dotación genética, el temperamento, el aspecto físico y la tasa de

maduración. b)- Factores culturales, cada cultura tiene una personalidad típica, un patrón particular de motivos, metas, ideales y valores, que son característicos y distintivos de ella misma y que adquieren los niños que crecen dentro de ella. c)- La mayor influencia y la más importante para el desarrollo de la personalidad es la historia de las experiencias del niño con otras personas, en particular con los miembros de su familia. D)- Otro tipo de influencia sobre la conducta manifiesta y las características de la personalidad, es la situación, esto es, los estímulos directos que incidan sobre el individuo en cualquier momento particular. Las demás personas presentes (parientes, maestros, pares), los sentimientos del niño en el momento (fatiga, frustración, ansiedad, tranquilidad, miedo o un talante feliz), y las recompensas o castigos ofrecidos por los que lo rodean, afectan las características y predisposiciones de la personalidad que los niños exhibirán más adelante (Paul Mussen, 1990).

La personalidad es fundamentalmente un producto del aprendizaje social, y durante los primeros años la familia crea el ambiente de aprendizaje para el niño (Mussen, 1983). En la formación del carácter individual y el desarrollo de la sociabilidad, la familia desempeña un papel primordial. En su seno las próximas generaciones forman sus hábitos de convivencia y, mucho del contenido emocional y las actitudes que dan tono y color a la conducta que se le trasmite al niño dentro del ambiente familiar. Esto ocurre en la época de la vida de mayor plasticidad y menos discernimiento crítico, conformando algunas de las modalidades más persistentes y dominantes de la personalidad (Peniche, 2004). Los padres mantienen las interacciones más frecuentes e intensas con los niños desde el momento más temprano de la vida; de aquí que modifiquen y regulen continuamente el comportamiento de sus hijos. La familia constituye también el vehículo transmisor por excelencia de la herencia cultural, en los aspectos normativo y regulador, encaminados sobre todo en mantener la armonía interna del grupo, evitando desacuerdos y desviaciones de lo establecido y admitido como bueno y socialmente aceptado.

Las experiencias vividas por cualquier individuo en una edad temprana tienen fuertes repercusiones en su desarrollo integral, tanto en su proceso de maduración como en el fortalecimiento de su inteligencia y personalidad. Gracias a que los psicólogos del desarrollo estudian el cambio a través del tiempo, son conscientes de que la conducta depende tanto de la naturaleza (herencia) como de la crianza (entorno). Una interacción compleja entre sus disposiciones iniciales al nacer y la influencia del ambiente, va a llevarlo por determinado camino, la intervención de los adultos, sobre todo los que tiene más próximos (su familia), va a tener una influencia determinante en lo que llegará a ser

(Minuchin, 1973). La socialización del ser humano se realiza primeramente dentro de su ambiente familiar, que es como una segunda matriz donde el niño se desarrolla.

2.2 Función Familiar, su Influencia y Responsabilidad

La actividad de crecer es muy laboriosa, teniendo que mantenerse activo constantemente. Cada ser humano tiene que llevar a cabo una gigantesca tarea consistente nada menos que en construir su propia inteligencia y una representación del mundo que lo rodea; en muchas ocasiones parecería que los niños crecen como las plantas, que con el paso del tiempo y dos o tres ingredientes poco importantes basta para que se vayan convirtiendo en adultos sanos. Pero no es así, puesto que cada niño o niña actúa permanentemente para promover su desarrollo, y éste será mejor y más armonioso si encuentra en el medio los elementos necesarios para realizar su actividad. Siendo tarea y responsabilidad de los adultos que los rodean, principalmente su familia, ayudarlos en esta su empresa; para que se vuelvan personas felices, autónomas competentes, civiles y éticas (Schmill, 2003).

Reto indudablemente difícil, ¿Cómo hacerle? Sobre todo cuando muchas de las madres están tan ocupadas, tan confundidas, que no saben realmente que quieren o pretenden de su propia vida y su desarrollo como personas de valía, ahora que un buen número de ellas cree que, el dedicarse a criar hijos, junto con el tiempo y las labores hogareñas que esto requiere, las denigra. Nada más alejado de la realidad; **la tarea de ser padres es quizá la de mayor trascendencia que jamás tendremos**, puesto que, es a seres humanos a los que estamos tratando de formar, y lo que hagamos o dejemos de hacer va a marcarlos para toda la vida; es por eso que es indispensable estar bien informado acerca del cómo, para no hacerles daño, aun sin quererlo. Adquirir suficientes conocimientos como elementos de juicio para tomar las decisiones que mejor convengan para ello, con la responsabilidad que nos corresponde, como adultos y como padres.

Si partimos de que la función de la familia (Derbèz, 2004), tiene como objetivo el sustento y desarrollo de las necesidades primarias tanto biológicas como afectivas e intelectuales de sus miembros y, que su tarea fundamental es la formación de los hijos, para que cada uno de ellos adquiera progresivamente la madurez biológica, psicológica, intelectual y social (su personalidad), que les permita ser y actuar adecuadamente consigo mismos, en la familia y en el ambiente social que los rodea para lograr su adaptación e integración. Y con ello fomentar su bienestar y

felicidad; por lo que estas primeras experiencias resultan de vital importancia, de lo cual los padres deben hacerse responsables, ayudados por el resto de la familia, la escuela y si es necesario por las personas o instituciones adecuadas para orientarlos.

Cuando un niño nace, la familia desempeña un papel fundamental, ya que es el medio natural inmediato al niño, su contacto primario e íntimo, y su campo experimental. Siendo la que filtra la influencia del ambiente social y cultural y, la que regula, por tanto sus efectos en el desarrollo del niño, su influencia es máxima en los primeros años de vida, cuando la dependencia del niño al adulto es forzosamente mayor (Delval, 1994).

El niño necesita de adultos que se ocupen de él cuando tiene algún malestar como: hambre, sueño, dolor, calor, frío, necesidad de compañía, etc; y se produce una reacción refleja de llanto (Delval, 1994). No es que el bebé esté llamando a alguien en especial en esa etapa, pero es probable que en las proximidades haya un adulto (madre o cuidador principal), y que éste se acerque y trate de confortarlo, eliminando en lo que sea posible la molestia. (Hoffman, Paris y Hall, 1995) El niño responde al cuidado que se le presta y muy pronto empieza a establecer relaciones con las personas con las que está en contacto; eso no quiere decir que las identifique desde el principio, si no que posiblemente hay un interés inicial por ellas puesto que son fuentes privilegiadas de estimulación.

El hombre es ante todo un animal social, y la vida humana sería inimaginable si los otros no existieran, en especial la vida de un niño, que depende total y absolutamente del cuidado de los otros para sobrevivir (generalmente los padres). Las investigaciones han mostrado que la compañía, la estimulación y el cariño de los otros es tan necesario para el desarrollo como la alimentación, por lo que se encuentra dentro de las necesidades básicas (Dennis, 1972). Si no existiera inicialmente el vínculo o el apego madre-hijo, difícilmente podrían sobrevivir los recién nacidos (Bowlby, 1989). Gran parte del éxito adaptativo del hombre, hay que atribuirlo a su gran capacidad para cooperar o competir con otros hombres; el ser humano puede mantener vínculos sociales durante grandes periodos de tiempo, aun con individuos que están alejados (Delval1994). Su capacidad social se apoya sin duda en su desarrollo intelectual, puesto que la conexión entre ambas es sumamente estrecha, por lo que el desarrollo social y las relaciones con otros hacen posible la asimilación de la cultura y con ello se construye poderosamente el desarrollo intelectual (Delval, 1979).

Los niños pasan por diferentes etapas, en ellas se comportan de diferente manera y tienen necesidades y deseos distintos, cada etapa tiene sus dificultades y sus logros. (Delval, 1979) Dentro de estas etapas hay una serie de fenómenos que van marcando su progreso física y socialmente, (Hoffman, Paris y Hall, 1995) la sonrisa por ejemplo, que aunque aparece muy pronto, se debe a estímulos internos, a la sensación de bienestar, es la llamada sonrisa fisiológica; pero más adelante hacia las cuatro o seis semanas empieza a manifestarse como una respuesta a estímulos externos, y alrededor de los tres meses de vida se produce la llamada sonrisa social que va unida al interés por las personas y poco a poco y cada vez más va asociándose con diferentes estímulos sociales. Es importante y sería muy útil que los padres se enteraran y aprendieran sobre las características de cada una de estas etapas del desarrollo tanto físico como social de sus hijos, para saber que esperar en cada una de ellas y estar pendiente de lo que sus hijos necesiten.

Los adultos son los responsables de crear el ambiente donde se desarrollen los niños, y que éste debe tener dos características indispensables: ser constante y predecible, puesto que los niños aprenden de las regularidades. La conducta de los padres cuando es consistente y previsible para el niño, le ayuda a ser más seguro y a enfrentar su ambiente competentemente (Hernández Guzmán, 1999).

El hecho de que el ser humano nazca inmaduro, exige que los adultos que se ocupan y satisfacen sus necesidades, se comprometan con la criatura durante largo tiempo, así pues, la capacidad de desarrollar vínculos sociales permanentes es un aspecto demasiado importante en el desarrollo de los humanos (Papalia, Wendkos y Duskin, 2004).

Un compromiso no es una obligación, es una elección voluntaria, una decisión personal de involucrarse responsablemente en algo. Ser madre o ser padre es el más honroso compromiso que adquirimos en la vida, compromiso que algunos deciden no cumplir, abandonando física, material o emocionalmente a sus hijos; compromiso que otros deciden cumplir quejándose, lamentándose o reclamando a sus hijos por todos los sacrificios, el dinero gastado, el esfuerzo hecho día a día, compromiso que otros, cumplen amorosamente aun con todas las limitaciones, agobios y errores (Chávez, 2002). En el momento en que tenemos un hijo, aceptemos el paquete completo que ello implica. Abundan los padres que de mil maneras mandan a sus hijos el mensaje “me lo debes”.

CAPITULO TRES

APEGO

La relación más activa entre padres e hijos comienza en la sala de partos, cuando los padres interpretan con frecuencia el menor rasgo de la conducta de su bebé, y sus explicaciones están influenciadas por sus expectativas, sus circunstancias de vida y su funcionamiento psicológico; conforme el bebé va avanzando, y al pasar del tiempo, los padres habrán desarrollado y formado un estilo de relacionarse con su hijo y un concepto de su personalidad, lo cual habrá construido una forma particular en su interacción social (Mussen, 1983).

Los estudios revelan la gran importancia que tiene la relación de amor entre los bebés y sus padres o cuidadores principales, puesto que de ello depende la calidad en los cuidados que le proporcionará a los niños que están a su cargo ya que ellos no pueden cuidarse por sí solos, y su supervivencia depende de los adultos que los rodean, pero no solamente su vida depende de ello, sino también la formación de un buen o mal apego que les dará su seguridad en el ámbito social, así como un comportamiento tranquilo o ansioso dependiendo de la calidad de la interacción en dicho apego.

3.1 John Bowlby

Psicólogo británico, que en la década de 1950, tras estudiar distintos casos de privación afectiva durante la infancia, partiendo de cierta visión de la psicología psicoanalítica de Freud, y apoyándose también en el estudio de la formación de vínculos en los animales, estudiados por Lorenz en los años 30, formuló la “Teoría del Apego” en los seres humanos, según la cual, la relación con los otros es una necesidad primaria y tiene un importante valor para la supervivencia de los individuos. Aunque en los mamíferos no existe un troquelado del mismo tipo que en las aves, también se establecen fuertes vínculos con los adultos (Delval, 1994). Las investigaciones sobre el apego en los humanos se han visto enriquecidas por los estudios sobre otros primates (Harlow y Harlow 1966).

Bowlby ha propuesto que el apego tiene una función biológica, que es proteger la vida del infante (Hernández Guzmán, 1999), ya que el niño no puede valerse por sí mismo. En 1951, Bowlby estaba convencido de la importancia del lazo existente entre la madre y el bebé e hizo serias advertencias respecto a la separación de la madre y el niño sin una adecuada sustitución. También identificó los comportamientos adaptativos en diferentes etapas del ciclo vital; por ejemplo, un bebé necesita estar

cerca de la madre, mientras para un niño mayor es importante una exploración más independiente (Papalia, Wendkos y Duskin, 2003). A partir del momento en que empieza a desplazarse, el mantenerse próximo a un adulto constituye una garantía para su supervivencia. Por ello la formación del vínculo es una necesidad primaria, que no se apoya en la satisfacción de otras necesidades (Delval, 1994), por lo que, el procurar en todo momento una relación de apego sana predice el bienestar físico y psicológico del bebé. Aun ahora en este mundo civilizado en que vivimos, el bebé que no se encuentra bajo el cuidado de una persona responsable está más propenso al peligro.

Según la teoría de Bowlby (asistido por Ainsworth), el bebé posee diversos sistemas conductuales que tienen casi siempre como resultado el mantenimiento del contacto con el individuo adulto que se ocupa de su cuidado. Formando así un lazo, vínculo o relación de amor y afecto entre el bebé y sus cuidadores más próximos, el apego es un lazo de cariño y amor necesario para garantizar la vida y el bienestar del bebé. Éste no se forma de golpe, sino que se construye en varias etapas, y puede durar toda la vida (Hoffman, Paris y Hall, 1995).

3.2 Etapas del Apego

Mary Ainsworth, en 1964, describió cuatro etapas superpuestas de comportamiento de apego durante el primer año: a)- partiendo de que en un principio el niño empieza a atender a las personas, pero sin diferenciar a unas de otras, las discrimina sólo por algunos aspectos, pero que no se convierten en características propias de estas personas, responde indiscriminadamente a todos sus semejantes, el niño empieza a interactuar con miradas, balbuceos, sonrisas, etc; que todavía son indiferenciadas, pero sin embargo, es capaz de reconocer situaciones que se han producido ya anteriormente en su corta vida, situaciones en la que también están inmiscuidas las personas. Reconoce situaciones como el alimentarse, bañarse, el cambio de pañales, etc; y dentro de ellas también reconoce las posiciones en que se le coloca, lo que le va a permitiendo muy pronto anticipar lo que va a suceder.

b)- Al rededor de los tres meses, aproximadamente, el niño empieza a producir respuestas diferenciadas hacia ciertas personas, en especial hacia una de ellas, o unas pocas a su alrededor, principiando a emerger la persona o personas que le cuidan, con las que establece un contacto diferente, esta fase se prolongará hasta los seis meses aproximadamente.

c)- Hacia los seis o siete meses, aproximadamente, se producen una serie de hechos que marcan un cambio importante en el desarrollo de los niños, se forman lazos más estrechos con una o varias personas específicas, es decir, se da forma al “apego”. Aunado a éste, se produce lo que se llama “ansiedad por la separación”, es decir, manifestaciones claras de disgusto cuando ésta se produce, y si llegara a prolongarse el niño puede caer en un estado de ansiedad y agitación. Tanto la separación como el reencuentro tienen un marcado carácter emocional. Otro hecho notable que se produce a esta edad es el “miedo a los extraños”, que antes no se daba, los niños de pocos meses pueden ser cogidos y responden bien a diferentes personas, pero a partir de los siete u ocho meses aproximadamente, manifiestan reacciones de rechazo hacia personas desconocidas y tendencia hacia las conocidas, en especial con aquellas con las que ha establecido “apego”.

d)- Entre los ocho y doce meses el niño, parlotear, lloran y sonríen más con las personas con las que sienten apego (especialmente con la madre y el padre), aunque también responden a otros. Todas estas señales importantes en el establecimiento de relaciones con los otros han sido estudiadas por diversos psicólogos (Papalia, Wendkos y Duskin, 2001).

3.3 Conductas de Apego

Igualmente es necesario distinguir el apego de las conductas de apego. El apego es el vínculo, una especie de atadura invisible que perdura en el tiempo, y que es posible conservar en la separación y la distancia, las conductas son las manifestaciones visibles de él, como: la aproximación, el seguimiento, el abrazo, la sonrisa, el llanto, las llamadas. etc. El niño que hace gestos estirando los brazos para que su madre lo coja, el que la sigue gateando o corriendo, el que no se despegaba de ella, manifiestan conductas de apego. Pero la abundancia de ellas no indica que haya un buen apego. Por el contrario es posible que un niño que exige la presencia continua de la madre, que no se puede separar de ella ni un momento, no tenga precisamente una relación muy buena, lo que pone de manifiesto con estas conductas exageradas es que está inseguro en la relación (Delval, 1994).

Una buena relación de apego con una o varias figuras permite mayor independencia que una mala; una mala relación hace al niño menos activo, más dependiente y menos social. Aunque el apego es un vínculo que sirve para mantener la proximidad entre la cría y el adulto, sería un vínculo poco eficaz si no permitiera la separación uno del otro, puesto que los niños necesitan explorar su entorno y relacionarse con otros adultos y otros niños para poder completar su desarrollo cerebral. Sin embargo, es necesario

reiterar que si no se logra un buen apego, la vida o la integridad del niño corren peligro (Delval, 1994).

3.4 Mary Ainsworth y La Situación del Extraño

Ainsworth estudió bebés africanos y estadounidenses e ideó la actualmente famosa “situación del extraño” estableciendo las diferencias individuales en el apego; donde lo más importante es posiblemente la calidad en la relación. Los estudios hechos a este respecto diferencian entre distintas calidades del apego. Estas diferencias se manifiestan sobre todo en la separación (Santrock, 2002).

La situación extraña consiste en una secuencia de ocho episodios que tardan menos de media hora. Durante ese tiempo, la madre deja en dos ocasiones al bebé en una situación que no le es familiar, la primera de ellas en compañía de un extraño. Luego lo deja sólo y el extraño regresa antes que ella lo haga. La madre invita entonces al bebé a jugar y explorar de nuevo y le ofrece consuelo si parece necesitarlo. La respuesta del niño cada vez que regresa la madre tiene particular interés. Ainsworth y sus colegas observaron a los niños de un año en esta Situación extraña y en sus hogares, encontrando tres patrones principales de apego: el seguro, el evitativo y el ambivalente (Delval, 1994). En los episodios de reencuentro con la madre puede valorarse la calidad de la relación.

Los niños apegados con seguridad, son los niños que manifiestan conductas positivas hacia su o sus figuras de apego tras una separación breve, buscan el contacto y manifiestan una clara preferencia por la cuidadora sobre extraños.

Los niños con un apego de evitación, suelen evitar el contacto con la persona o personas que los cuidan, y tratar a extraños de la misma manera o a veces más positivamente que a sus cuidadores, manifestando conductas de ignorancia hacia ellos, como desviar la mirada, no acudir a su llamado etc.

En el apego ambivalente se tiende a resistir la interacción y el contacto con los cuidadores pero a si mismo presentan conductas de búsqueda de la proximidad y el contacto, manifestando no sólo actitudes positivas, sino también negativas como berrinches, pataleos, protestas, etc. (Papalia, Wendkos y Duskin, 2001).

3.5 Otros Investigadores

En investigaciones posteriores (Main y Solomon, 1986) han identificado un cuarto patrón, el apego desorientado-desorganizado. Los bebés con este patrón a menudo muestran comportamientos inconsistentes, contradictorios. Saludan animosamente a su madre cuando regresa pero se apartan de ella o se aproximan sin mirarla. Parecen confusos y temerosos. Éste puede corresponder al patrón de apego más inseguro. Ocurre mayormente con bebés cuyas madres son desconsideradas, poco delicadas o humillantes (Santrock, 2002))

El establecimiento de esta primera relación tiene una gran importancia para las relaciones sociales armoniosas posteriores y a lo largo de la vida, así como también para el desarrollo intelectual, además de que el niño crece más seguro de sí mismo y de su capacidad para influenciar sobre su entorno. Por otro lado, la falta de responsabilidad o sensibilidad de los padres al no responder a las señales de comunicación de su bebé, tiene como consecuencia el que no tenga retroalimentación de su comportamiento, volviéndose más demandante recurriendo a un llanto más intenso y persistente (Murray, 1938), dificultando la formación de un apego seguro, y facilitando así la formación de un apego ansioso.

Es sabido que la ansiedad interfiere en el desempeño exitoso de una infinidad de tareas, igualmente la ansiedad de un niño con apego ansioso es un obstáculo para su aprendizaje. La conducta de los padres cuando es consistente y previsible para el niño, le ayuda a ser más seguro y a enfrentar su ambiente competentemente (Hernández Guzmán, 1999).

El apego seguro y el apego que genera ansiedad dependen, de las experiencias que haya tenido el niño con sus padres o cuidadores, no sólo cuando se es un bebé, sino también después, a lo largo de su infancia y adolescencia (Parke, 1986). La retroalimentación que recibe el niño a lo largo de su comportamiento moldea su autopercepción, y es esta autopercepción la responsable de su éxito o fracaso enfrentando nuevas experiencias (Hoffman, Paris y Hall. Tomo II, 1995).

Existe una relación estrecha entre la exploración que el niño hace del mundo y el apego. El niño utiliza a la figura materna como una base segura desde la cual explorar, y aunque el apego consiste en mantenerse en la proximidad de la figura apegada (madre generalmente), la existencia de ese apego es condición para que el niño se aleje de esa figura momentáneamente y explore. Frecuentemente el niño se separa, examina, y vuelve a mirar hacia su madre, si ésta está ahí, y establece contacto visual,

el niño sigue explorando, si no, trata de restablecer el contacto volviendo hacia ella e interrumpiendo la actividad (Ainsworth, 1967).

3.6 Causas que Intervienen en la Calidad del Apego

Ainsworth creía que la sensibilidad de una madre con respecto a las necesidades de su bebé era vital para el desarrollo del apego de seguridad, y la siguientes investigaciones siguen apoyando este descubrimiento (Hoffman, Paris y Hall, 1995); también la depresión temporal posparto (padecen de 10 a 40% de las mujeres) que afecta a las madres recientes puede ocasionar impacto en el modo en que una madre interactúa con su bebé, (Papalia, Wendkos y Duskin, 2001).

La depresión severa o crónica (6 meses o más) es otro motivo que produce serios efectos en el apego; el bebé de una madre deprimida puede cansarse de enviar señales emocionales creando reacciones de defensa, si estas reacciones se convierten en algo habitual los bebés asimilan que carecen de poder para obtener respuestas de las demás personas, que sus madres no son confiables y que el mundo tampoco lo es, y tienden también a deprimirse (Papalia, Wendkos y Duskin, 2001)

Existen también algunas pautas de comportamiento que trae el bebé al nacer (biológico, dotación genética) y que pueden influir en la interacción del niño con el adulto cuidador, y pueden poner en peligro el establecimiento del apego; algunos bebés son más difíciles que otros, duermen poco, tienen problemas al comer y/o al evacuar, o padecen deficiencias mentales, o enfermedades crónicas, y se adaptan con dificultad a los cambios, llorando intensamente a la menor provocación (Martínez, 1997). Pero, aún así, es responsabilidad de los padres implementar estrategias para aminorarlos, es necesario que practiquen paciencia y tolerancia, ya que depende de la forma como los padres afronten esta situación, que el apego no resulte afectado. (Kagan, 1971) si esto no es posible es también su responsabilidad el buscar la ayuda de un psicólogo, rehabilitadores o personal profesional para lograrlo.

La calidad en la relación de la pareja también tiene una influencia sobre la relación a desarrollar entre los padres y el bebé, si es una relación satisfactoria fomentará el afecto y la sensibilidad de ambos padres hacia el recién nacido pudiendo desarrollarse un buen apego, siendo lo contrario si la relación de pareja es percibida por ellos o uno de ellos como mala o poco satisfactoria (Conger, 1971).

Como ya hemos mencionado antes, el medio donde en la mayoría de las ocasiones se desarrolla y desenvuelve un niño es la familia, dentro de la

cual cada uno de sus miembros interactúa con el recién nacido de manera diferente y personal, cuando el padre no sólo participa en la crianza, sino establece un apego sano con el bebé atendiendo sus demandas de afecto y cuidados, el niño muestra un mayor desarrollo intelectual, afectivo y social, más independencia, mayor autoestima (Yablonsky,1993), una mejor identificación psicosexual si es varón (Biller 1997), y un mejor manejo de sus relaciones heterosexuales al llegar a la adolescencia si es mujer (Parke, 1986).

Existen otros factores que interfieren en las relaciones de apego específicamente entre madres e hijos, como: el rechazo al embarazo, algunas de las características de su personalidad, conflictos con la pareja, desorientación e insatisfacción en su vida personal que la llevan a establecer con el niño una relación ansiosa, el no ser consistente atendiendo sus necesidades, y su papel de proveedora de cuidados (Bernhard,1981), el estrés también actúa como un factor predictor de una madre poco sensible a las señales de su bebé, en especial si se le dificulta relajarse (Hernández Guzmán,1999) y así como la influencia de sistemas externos a la familia como conflictos en el trabajo, insatisfacción profesional, llegada de hermanos u otras presiones cotidianas de la vida moderna

CAPITULO CUATRO

LOS PADRES COMO GUÍAS, MAESTROS Y CAPACITADORES.

Sin lugar a dudas la responsabilidad para lograr una buena relación de apego recaerá en los padres o cuidadores principales del niño. Sin embargo, nadie nos ha entrenado para ser padres. Existen las pláticas prematrimoniales, para las futuras parejas, pero no orientación para las personas que quieren ser futuros padres. Empezando con que el ser padre tendría que ser una elección, una satisfacción, un gozo, y vivir la situación con agrado, asumiendo todo lo que ello conlleva, y no como una esclavitud, con miedo y pretendiendo que otros se hagan cargo de la responsabilidad que nos corresponde. Cuando buscamos que otros nos resuelvan la vida, deseamos nuestro derecho a elegir, dejamos de ser adultos y nos convertimos en niños frente al experto. En cierta forma es una posición muy cómoda, podemos con toda tranquilidad culpar a otros por nuestros errores. Pero esto es un autoengaño. La responsabilidad es nuestra, necesitamos tomar nuestro lugar con valor y entusiasmo, sabiendo que estamos contribuyendo a un cambio profundo en nuestros hijos y por ende en la humanidad.

4.1 Del Autoritarismo a la Permisividad

Raras son las personas que conscientemente deciden hacer daño a sus hijos, generalmente se cometen errores por ignorancia, porque no conocemos otra mejor manera y repetimos el mismo patrón que conocemos, o intentamos rechazarlo y cambiarlo del todo; parecería que la consigna ha sido (años sesentas aproximadamente) rechazar lo viejo y buscar lo nuevo. Adiós al autoritarismo a la represión. Pasamos del extremo del autoritarismo a la permisividad, donde el niño puede hacer lo que quiera, “no sea que lo vayamos a traumar”, berrinches, romper cosas, insultar a los padres o maestros y hasta golpearlos. Los padres parecen haber perdido su sentido de autoridad, se sienten inseguros como educadores, tan temerosos de equivocarse y herir a sus hijos que sienten pavor de tomar decisiones, han recibido tanta y tan mala información psicológica y educativa que han perdido su poder y responsabilidad como padres y la comparten o se la entregan en su totalidad a sus hijos, dejándolos tomar decisiones para las que no están preparados ni maduros, puesto que no tienen la experiencia necesaria ya que no han vivido lo suficiente para saber las consecuencias (Barocio, 2004).

Tendríamos que estar más abiertos, conscientes, muy atentos, para saber si deseamos, o modificamos lo viejo y lo adaptamos a las nuevas

circunstancias de la vida en la que se desarrollan nuestros hijos, para así tratar de encontrar el equilibrio.

Muchos padres de familia quieren encontrar la fórmula mágica que les resuelva el problema, como si esta fórmula existiera, más no la hay, pero quizá podríamos ir creando la propia a través de una relación inteligente con nuestros hijos, ellos tienen mucho que aportar, siempre y cuando estemos abiertos a recibirlo. Sin perder de vista que somos los adultos los que debemos inducirlos y darles las herramientas para enfrentar el mundo y no al contrario (Schmill, 2003).

Por su edad y nivel de maduración los niños no tienen la capacidad para crearse un ambiente seguro con experiencias variadas y ricas; tampoco la capacidad de esperar para obtener lo que desean y menos aun para saber lo que les conviene; no han desarrollado la capacidad para autorregularse, de controlar sus impulsos, deseos y emociones. No son capaces de crear hábitos por sí mismos, por inteligentes que sean, y sólo lo logran con una sana interacción con los adultos y su medio ambiente (Barosio, 2004). Podrán ser muy inteligentes, pero inteligencia no es madurez (Verdusco, 2001).

La función de los padres es entonces la de convertirse en guías y maestros de sus hijos, pues son (se supone), los que tienen la experiencia y la madurez que la vida y el tiempo les ha brindado, para suministrarles a los hijos el medio ambiente adecuado que les proporcione lo que necesitan tanto en el ámbito físico, como mental, emocional y social; y son los que deben enseñar cómo actuar, tomar decisiones y cuidarse.

Al mismo tiempo deberán ser congruentes con lo que dicen y hacen, puesto que los niños imitan, aprenden de lo que ven y son muy sensibles a las incongruencias (Hernández Guzmán, 1999). En sus interacciones sociales, ya sea con la familia, con sus pares en el jardín de niños, o con otros adultos como los maestros (ZDP de Vygotsky), los niños no sólo imitan una actividad, sino también un tono de voz, las palabras y las poses, además de las emociones a sentir para tal o cual situación. Esta realidad supondría una verdadera alerta para los padres, ya que una niña imitando la manera de hablar por teléfono de su madre, las palabras que ocupa y sus ademanes, puede resultar muy graciosa y divertida. Pero, imitando la manera de como se irrita y grita a su padre en una discusión, o como se deprime o manipula cuando las cosas no salen como ella quiere, es de preocuparse. Recordemos que para fijar y mejorar el aprendizaje, una vez adquiridos los conocimientos, las destrezas o los hábitos (buenos o malos), éstos mejoran con la experiencia y la práctica (Ellis, 1981).

Otro aspecto muy importante para la educación es cumplir con lo que se promete; por lo cual se tiene que ser muy cuidadoso al momento de hacer una promesa o una advertencia. (Hernández Guzmán 1999) El cumplimiento de lo prometido por parte de los padres fomenta seguridad en el niño.

4.2 La Presencia y el Tiempo de los Padres

Los niños requieren de la presencia de los padres o de un adulto que los guíe. El tema de la calidad y de la cantidad de tiempo ha sido tratado frecuentemente. Sabemos que ambos son necesarios, pero no podemos pensar que 15 minutos diarios de tiempo de calidad son suficientes, así como que 8 horas de estar junto, sin interesarse por él, es adecuado. Los padres que son eficaces les dedican tiempo a sus hijos y atienden sus necesidades y demandas, platican y pasan tiempo con ellos y les enseñan habilidades, horarios y rutinas(Verdusco Álvarez y Murow, 2001).

Es innegable que los niños también adquieren conocimientos del medio con el que conviven, fuera de sus padres (escuela, amigos, parientes), y cuando este es el caso son los padres quienes complementan o rechazan este aprendizaje; para lo que tienen que estar presentes y muy atentos.

La tarea de los padres finalmente es la de convertirse en educadores, guías y maestros de sus hijos, puesto que son ellos los que les tienen que enseñar todo, desde el control de sus movimientos y emociones hasta los hábitos para comer e ir al baño, y las habilidades necesarias para ser independientes y relacionarse con éxito con otras personas. Los padres tendrán que integrar a sus hijos a su vida, adaptándose a sus necesidades y no al contrario, tendrán que darles la suficiente seguridad de que sus necesidades serán atendidas de manera eficiente (Schmill, 2003).

Los adultos también crecen al convertirse en padres, comienzan una nueva etapa en su desarrollo como personas, pues su participación activa en el desarrollo de sus hijos, promueve su propio desarrollo e imagen personal como sujetos competentes, proveedores de cuidados y educadores (Boracio, 2004).

4.3 Los Padres como Capacitadores

Los padres se vuelven también capacitadores, para lo que es inevitable tomarse el tiempo necesario para enseñar cualquier actividad, que valdría la pena ver como un curso de capacitación donde está invirtiendo a largo plazo, hoy dedico mi tiempo y mi esfuerzo, para que mañana mi niño sepa

hacer las cosas por sí solo; esta semana le enseñé a amarrarse los zapatos, dedicándole media hora diaria, pero después él podrá ponerse los zapatos solo, por siempre. Por un lado me ahorro el tener que seguir amarrándoselos, mientras que por el otro, le permito la satisfacción y el orgullo de poder valerse por sí mismo, capacitándolo para la vida (Juárez, 2006).

Conviene enseñar el proceso completo, tomándose su tiempo y haciéndolo despacio, para que el niño pueda ver cada uno de los movimientos adecuadamente, recordando que el niño tiene un ritmo más lento que el adulto (Barocio, 2004), permítámosle practicar, alentándolo, no criticándolo si no le sale bien, el niño necesita crear confianza en sí mismo (si contesta, “es que no puedo”, hay que responder: “claro que puedes, yo te ayudo”), ofrezcámosle sólo la ayuda necesaria para que aprenda a valerse por sí mismo. De esta manera cuando le pidamos que haga algo, sabrá que hacer.

CAPITULO CINCO

COMO EVOLUCIÓN DE LA MUJER Y LA MATERNIDAD Y LOS CAMBIOS SUSECIDOS EN EL HOMBRE CONSECUANCIA.

Los cambios a través de la historia de la humanidad han transcurrido de manera constate desde hace más de dos y medio millones de años con la aparición del australopitecos, seguido por el homo-erectos y más adelante por el homo-sapiens, más, si se pudiera sintetizar dicha historia, y su evolución en un año, los cambios radicales en ciencia y tecnología y el impacto social que estamos experimentado, se habrían presentado solamente en los últimos 15 segundos.

5.1 La Evolución Social de las Mujeres

Con respecto a la evolución social y en el papel tradicional de la mujer el uso de las pastillas anticonceptivas en los años 60 aproximadamente (hace ya más de 50 años) dio un cambio rápido y drástico en la historia, que trajo como consecuencia cambios radicales en el rol interpretado por ellas hasta entonces, tanto en su vida laboral como en los embarazos, la crianza y educación de los hijos, y en su comportamiento; acarreado cambios en los hábitos, acomodados y arreglos dentro de las familias (Icami Tiba, 2008).

Los cambios radicales que se dieron para las mujeres, impactaron profundamente también a los hombres, igual que al mundo, tanto laboral, escolar, social y domésticamente, dándose un cambio psicológico profundo y creando mucha confusión y resistencia.

Las mujeres han pasado por transformaciones radicales en su comportamiento, que han influido mucho en la educación de sus hijos. Es importante, en relación con este tema, señalar los cambios que se han presentado y que son esenciales para comprender a los padres actualmente y su estilo de paternaje y la influencia que esto ocasiona en sus hijos (Santrock, 2002).

Muchas mujeres se volvieron feministas (no femeninas), mujeres duras y agresivas (la versión femenina del machismo), y entraron en competencia con el hombre; una precursora de este movimiento fue Simone de Beauvoir, quien en 1949, en su libro *El segundo sexo*, afirmó: “No se nace mujer”. “Una se convierte en mujer” (Icami Tiba 2008). Muchos hombres se sintieron ofendidos, avasallados, temiendo perder el lugar de privilegio que habían ostentado y más adelante sus fuentes de su trabajo.

Las mujeres feministas (ambiciosas, preparadas, decididas, profesionistas), si deciden tener hijos, no son muchos, y generalmente son criados con ayuda de terceros (nanas, chóferes, institutrices, abuelos, guarderías etc.) pues ellas están ausentes o muy cansadas a causa de su trabajo (Icami Tiba, 2008).

Ante tal situación algunos hombres optaron por intercambiar papeles con la mujer, quedándose al cuidado de la casa o como secretarios ejecutivos de sus esposas, otros hicieron el papel de hijos ya crecidos, pero la gran mayoría ni dejó su trabajo ni cuidó a los hijos, sino que entraron en franca competencia con sus esposas. Ellos siguieron funcionando como machos “alfa”, (según el concepto de Darwin) en el trabajo y también en la casa; por otra parte los machos alfa no son buenos educadores, aunque puedan ser excelentes jefes (Salguero, 2003). Poco a poco muchos de ellos fueron tomando un papel más activo en la crianza y educación de los hijos, en un plano complementario.

Se alteró el curso de la historia en la educación, pues a pesar de que muchas mujeres no invadieron el campo laboral, como madres hicieron valer en casa una nueva visión hacia la mujer y lograron que sus hijas estudiaran, y que ellas si, con sus títulos y diplomas irrumpieran en el mercado del trabajo, antes reservado casi únicamente para los hombres. La educación de los varones, no obstante, no sufrió cambios significativos en relación con el trabajo, pero si se alteró profundamente su usual perspectiva de la mujer y su valoración. Una idea que surge en algunos círculos y que resulta errónea, es que la mujer que no trabaja fuera del hogar “no hace nada” (Torres Velásquez y Ortega Silva, 2004).

Otro tipo de mujer que labora, nace cuando las dificultades económicas empiezan a surgir en la vida familiar, volcándose muy seriamente y con gusto al trabajo, sin dejar de cumplir sus labores hogareñas, causa, por la que en muchas ocasiones, tiene que trabajar una doble y hasta una triple jornada, si es madre.

También están las mujeres frívolas (hijas de mujeres feministas), entendiendo por frívola a una mujer en oposición a la mujer feminista, que busca casarse, conseguir una buena posición económica y ser mantenida por el marido (aunque tenga una maestría), busca un marido que tenga la capacidad de pagar sus compras, la niñera, la manicurista, la peinadora, la masajista, el chofer, la sirvienta, la escuelas, el club, las cirugías plásticas, etc. (Icami Tiba, 2008). Es generalmente ociosa y fútil, pero no quiere ser tachada de superficial y floja, ni que se piense que es una inútil y que su

apariencia y comportamiento son exagerados, por lo que se llena de actividades.

Los maridos de estas mujeres miden su valor por las joyas, los autos, el club, la ropa, los lugares y restaurantes que su mujer frecuenta; vive para el trabajo, sin tener muchas veces tiempo para ver crecer a sus hijos, pero les exige un buen desempeño en la escuela y respeto a su mujer, es decir, a su madre (Icami Tiba, 2008).

Existen también las mujeres dominantes y administradoras, que al llevarse a cabo una división de tareas, el hombre se convirtió en el trabajador y sustento del hogar y la mujer en la cuidadora absoluta de su casa, los hijos y del producto de ese trabajo, los hombres entregan su salario y la mujer lo administra, (Salguero Velásquez, 2004); dándoles en ocasiones dinero solamente para su transportación, ahí “sólo sus chicharrones truenan”. Lo que para unas puede ser motivo de orgullo, para otras puede ser despreciable.

Por último están las mujeres femeninas, fruto de las conquistas del feminismo, y el aprendizaje tomado de otro tipo de mujeres (Icama Tiba, 2008). Mujeres que en la actualidad tienen una confianza en sí mismas sin precedentes, y enfrentan todo con un alto grado de competitividad, tanto en la vida académica como en la profesional, sin dejar a un lado su papel como madres y esposas, la vanidad para arreglarse bien e intervenir en su salud. Este tipo de mujeres goza hoy de independencia económica y autonomía de comportamiento, no se subordina al machismo; deja a sus parejas si no la ama, y no se siente pérdida cuando no la tiene. Sin embargo, para estas mujeres una cuestión básica es la elección llegado el momento, entre: seguir una carrera profesional o dedicarse a la maternidad (Icama Tiba, 2008). Unas quieren realizarse en su profesión antes de ser madres, y la ciencia está haciendo posible la maternidad tardía, otras quieren desarrollar su carrera después de que los hijos han crecido, y la ciencia ha ayudado a las madres para que no se conviertan en matronas.

5.2 La Evolución de las Mujeres como Madres

Con tantos cambios la madre como educadora se ve envuelta cada vez más en un mundo de mayor complejidad, Las generaciones pasadas conservaban por un buen tiempo los mismos valores, y estaban más claras acerca de lo que pretendían, la tenían más fácil, todo era más sencillo; “¿Puedo ir a la fiesta?” “No”. ¿Por que no?, Porque no. Fin de la discusión; aunque los hijos no tenían derecho a expresarse a defenderse ni a contradecir a los mayores por injustos que pudieran ser, les quedaba claro

como debían comportarse sin menoscabo a su integridad (Barosio, (2004). Las madres de familia actuales están viviendo algo muy distinto, los hijos exigen explicaciones y derechos sobre sí mismos y sus decisiones aunque no se los hayan ganado. Ahora los cambios son tan rápidos que, lo que era válido ayer para la educación de los hijos, tiene que actualizarse hoy, lo que dificulta de una manera importante la visión de un futuro para ellos (Schmill, 2003); y ante tal avalancha de tecnología como el Internet, los celulares, los video juegos, la televisión satelital, etc; cabe la pregunta ¿Cómo podemos hacer para lograr que nuestros hijos se vuelvan personas éticas, felices, autosuficientes, sanas, competentes, con una educación integral? (Barosio,2004). Que se sientan útiles y que sirvan a su sociedad y la enriquezcan.

Respuesta muy compleja que no ha sido, ni es, fácil de resolver, sobre todo ahora que la gran mayoría de las mujeres entraron al mercado laboral sin dejar de ser madres, generándose con ello un fuerte conflicto y una gran confusión, en algunas de ellas acarreado mucha culpa por no estar con los hijos el tiempo que creen deberían estar. Cuando llegan a casa corren a atenderlos sin darse derecho a descansar (Verdusco, 2001). Algunas otras, por el contrario, creen que todo se lo merecen por estar trabajando, cuando llegan a casa exigen atención, delegando en los hijos toda clase de responsabilidades (Barocio2004).

Este tipo de madres están en los extremos, volviéndose ya sea súperprotectoras o supervisoras:

*Superprotectora.- Les parece que todo lo que el hijo hace es maravilloso; es el mejor hijo del mundo. Todos los demás están equivocados, la escuela, el mundo mismo. Piensan, como voy a corregirlo si casi no lo veo, o, que tal si pierdo su amor. Los hijos que educan son inestables e inseguros, muchos de ellos fatuos, frívolos y egocéntricos.

*Supervisoras.- Sólo se fijan en lo que su hijo hace mal; sólo ellas hacen las cosas bien. Piensan “Si alguien te molesta, se las verá conmigo”. No soporta que la critiquen por lo que hacen sus hijos. Sus hijos serán obsesivos, tímidos, temerosos y perfeccionistas (Barosio, 2004).

Las mujeres necesitan mucha atención para no convertir su amor de madre en un regalo que perjudique al hijo en vez de educarlo (Verdusco Álvarez Icaza, 2001)). Los hijos necesitan ser protegidos y supervisados de acuerdo con sus necesidades, protegidos en las situaciones en que no pueden defenderse, y supervisados en lo que sí pueden hacer.

Las madres frívolas por lo general crían hijos distantes, y desde luego son ellos los que pagan los platos rotos, pues viven el abandono y la prisa con la que viven sus madres, cuyos valores están más en las apariencias y en sus propias necesidades que en las necesidades reales de sus hijos, aunque no se puede decir que no los quieren, no saben como tratarlos y las consecuencias con el tiempo pueden ser muy serias, generando una serie de problemas latentes (Icamí Tiba, 2008) .

Quedarse o no en casa con el niño es la gran y compleja disyuntiva femenina de la madre que trabaja fuera de casa después del nacimiento (Barocio, 2004). Algunas de ellas no quieren quedarse en casa sacrificando sus logros laborales, sin embargo, es una gran cantidad de mujeres la que no puede aunque quiera, quedarse en casa cuidando a sus hijos todo el día. (Schmill, 2003), si el padre también trabaja, necesitan la ayuda de terceros para cuidar de sus hijos y velar por ellos, desde un principio, cuando se les pasan durmiendo casi todo el tiempo, hasta cuando empiezan a gatear, a caminar y a descubrir el mundo, todos los cuidados son muy importantes, por lo que, quien cuide a los hijos tiene que ser una persona o institución positiva para lograr su socialización y buena educación, teniendo que evaluar muy concienzudamente si tienen cualidades educativas, ya que el niño va a pasar mucho tiempo con o en ellas. Las guarderías, las escuelas, los abuelos y las niñeras son opciones comunes de apoyo, mientras las madres trabajan (Barosio, 2004). Pero no sustituyen en nada la responsabilidad de la madre en la formación y educación de los hijos; por lo tanto, necesitan estar preparadas e instruidas para llevar a cabo tan importante y sin lugar a dudas tan ardua labor.

En muchas ocasiones las actividades que la madre realiza en el hogar, no varían, aún y que trabaje fuera de él. Y aunque sea apoyada por el padre que también participa en los cuidados, juegos paseos y apoyo que se les da a los hijos, la madre es la encargada de cocinar, lavar, planchar y limpiar, obteniendo con ello una doble carga de trabajo, que puede llevarla a alterar sus estados de ánimo; en detrimento de la educación y convivencia con los hijos (Salgado, 2004).

Vivimos en una época muy interesante y de muchos adelantos tecnológicos, pero difícil. Tenemos acceso a tanta información que el sentido común en muchas ocasiones parece a quedado relegado, a tal grado que incluso nos cuesta resolver cuestiones muy sencillas, en especial en relación con nuestros hijos (Verdusco, 2001); quizá porque todo se complica cuando nos dejamos invadir por el miedo a equivocarnos, a lastimar, a ser anticuados, autoritarios, a no ser queridos, a ser criticados, en pocas palabras a no ser perfectos.

5.3 Cambios Consecuentes en el Hombre

A partir del cambio sufrido por el rol tradicional de la mujer, muchos hombres viven la experiencia de ser padres como una práctica agradable, que implica responsabilidad y brinda satisfacción (Salgado Velásquez, 2003). Y aunque trabajen fuera de casa se involucran activamente en el cuidado de sus hijos desde el embarazo, complaciendo los antojos de la madre, cuidando a su pareja, llevándola al médico y ayudándola en el cuidado de la casa, en un papel complementario .

Están convencidos que lo mejor para sus hijos es que éstos crezcan en un ambiente familiar, de armonía, evitando peleas y poniéndose de acuerdo con su pareja, en un plano de igualdad y respeto; saben que es importante mostrarles que los quieren, la forma en que participan en el desarrollo de sus hijos es en su educación, cuidados, alimentación, platicando con ellos, apoyándolos, siendo responsables y trabajar mucho para que ellos se superen (Salguero Velásquez, 2003).

CAPITULO SEIS

ESTILOS DE CRIANZA

Para muchos padres poner límites es uno de los desafíos más difíciles de enfrentar. Implica enseñar al niño a controlar su propia conducta, puesto que de ello dependerán las bases de su vida posterior.

También sucede que el adoptar ciertas medidas disciplinarias implica para los padres confrontarse como personas con miedos, con decisiones por tomas y reflexiones, que muchas veces se contraponen con su estilo de vida, lo que podría desencadenar conflictos y a su vez se verían en la necesidad de modificar su propia conducta, lo que resulta más difícil que intentar modificar la conducta de otros.

Dentro de todas las familias existen reglas con las cuales cada miembro de la familia influye en el comportamiento de los restantes y es influido por ellos; a dicho conjunto de reglas llamamos juegos familiares, y los cuales generalmente se practican de manera inconsciente, sin embargo, algunas repeticiones fácilmente observables de estos juegos permiten inferir desde afuera las reglas que los gobiernan (A. M. Sorrentino, 1990).

6.1 Juegos Familiares

El juego familiar se puede adoptar de muchas maneras, las diferentes formas en que se estructura, es tratando de buscar un equilibrio que ayude a lograr los deseos y expectativas de los miembros de la familia (Sorrentino, 1990). La definición de las reglas de este juego, son en parte explícitas y en parte implícitas, en parte consciente y en parte asumidas inconscientemente en las conductas diarias (León, 1991). Dentro de la familia rige una jerarquía que define las relaciones mutuas, la distribución del poder de decisión, la responsabilidad y los roles de cada miembro del grupo; podríamos definir la particularidad de esta organización jerárquica, como si fuera un organigrama; naturalmente el organigrama de una familia tiene un orden variable, de acuerdo con las etapas que la familia vive en el transcurso de su desarrollo (Sorrentino, 1990).

En la familia actual dentro de la estructura general de igualdad social de los cónyuges, encontramos no pocas variedades de equilibrio en las parejas: en algunos casos ambos cónyuges contribuyen al sostenimiento de la familia trabajando fuera de casa (González, 1980); en otros sólo lo hace uno de ellos, mientras que el restante se ocupa de las tareas domésticas (Sorrentino, 1990) con remuneración o sin ella; en algunas otras el

proveedor es también quien se encarga de las tareas caseras, con las deficiencias que de esto resulta (Barocio, 2003); en algunas parejas la responsabilidad de mantener, criar y educar a los hijos es compartida; en otras esa responsabilidad recae principalmente en la madre, sufriendo el equilibrio familiar un fuerte descalabro haciéndose difícil lograr una rutina satisfactoria (Leñero, 1976).

Cada sistema familiar es poseedor de una historia particular, influenciada por otros sistemas familiares, como pueden ser los de origen de cada uno de los cónyuges; desde un principio se da una influencia recíproca entre el bebé y cada uno de los padres, y con ambos como pareja (Boracio, 2003), serán las acciones de ellos las que formen las relaciones padre-hijos, y quienes construyan un ambiente familiar y social propio para el bienestar general o para una disfunción familiar (Schmill,2004). Cada día existen también un mayor número de padres divorciados y, que en muchas ocasiones vuelven a conformar nuevas familias, o madres y padres solteros, situaciones que crean a su vez una dinámica y un ambiente especial y propio de cada grupo familiar.

6.2 Estilos de Paternaje y sus Consecuencias

Así como existen varios métodos educativos, también existen varios tipos de padres de acuerdo con el estilo con el que ejercen la autoridad y se relacionen con sus hijos, los cuales pueden ser: permisivos, irresponsables, inconscientes, chantajistas, controladores, sobreprotectores, egoístas, tolerantes, conscientes, autoritarios, autoritativos, indiferentes, etc; y desde luego las mezclas entre ellos.

Es importante entender como los padres están educando a sus hijos, para comprender el comportamiento de éstos.

6.2.1 Los Padres Permisivos: Son aquellos que establecen pocas reglas, no administran consecuencias, dan pocos lineamientos para el comportamiento, evitan en lo posible ejercer su autoridad, minimizan los problemas, tratan de evitar a toda costa el conflicto, quieren ser buena onda, delegan responsabilidades, temen equivocarse y lastimar a sus hijos, ceden ante el miedo de perder su cariño, se sienten impotentes ante su rabia y su descontento, suelen cargar con una buena dosis de culpa (Verdusco y Murow, 2001). Permiten que sus hijos sean impulsivos (Hernández 1999)

El padre permisivo delega la responsabilidad en los hijos para evitar conflictos o por miedo a imponerse y parecer autoritario. Quiere complacer a los hijos y tenerlos contentos. Cree que es su obligación convencerlos

para que cambien de opinión y le da largas explicaciones que muchas veces terminan en súplicas y ruegos. Para los niños es claro quién tiene el poder, saben que pueden manejarlo con un dedo (Juárez Badillo, 2006).

El padre permisivo es un padre que abandona a sus hijos, físicamente puede estar presente, pero como no toma su papel de adulto sino que deja que el niño haga lo que le venga en gana, en realidad lo está abandonando. El abandono no es físico sino emocional. El padre permisivo arguye que está “respetando” a su hijo, pero en realidad está tomando una posición muy cómoda, se está lavando las manos y abandona al niño a sus propios recursos (Barocio, 2004).

Muchos padres permisivos viven con un fantasma que los persigue, el miedo a perder el cariño de sus hijos. Desean ese amor como si ello les diera su razón para vivir, parecería como si tuvieran un vacío emocional que necesitaran llenar con el amor de sus hijos. Pero este amor opacado por el miedo, los vuelve dependientes y temerosos, los detiene y los hace titubear cuando es necesario contradecir o limitar (Barocio, 2004). Parece debilitarlos. Sin darse cuenta que el verdadero amor de los hijos por los padres surge del respeto que sienten por ellos, respeto que se gana a través de ser firme y de sostenerse en lo que se sabe correcto; tomando la elección de ser frente a los hijos un adulto responsable y no otro niño manejado por sus emociones.

En este mundo tan convulsionado y rápido en el que vivimos, en el que siempre llevamos prisa y se nos hace tarde, la culpa se a inmiscuido con gran éxito en la forma de educar a nuestros hijos: - Si se quiere poner un límite a un hijo que está comportándose de manera grosera, imprudente o inconveniente, la culpa interviene y aconseja: “Sólo está jugando, ¿quieres provocar un enfrentamiento?”. “¿Quieres verlos tristes y enojados?”. “Sólo se están expresando. ¿Los quieres traumar? (Schmill, 2003).

Nuestra actitud puede dañar emocionalmente a nuestros hijos, Cuando nos vemos envueltos en un torbellino de actividades necesarias o provocadas que no nos permiten estar con ellos lo que quisiéramos o lo que sería conveniente (Barocio, 2004), o cuando pregonamos que son nuestra prioridad, pero nos damos cuenta que sólo lo son de palabra, el resultado es sentirnos culpables.

6.2.2 Los Padres Ambivalentes: Son los padres permisivos que cuando piensa que las cosas se han salido demasiado de control, recurre al autoritarismo para poner orden. Primero permiten que sus hijos hagan lo que deseen, pero cuando se exceden y los padres no están de humor para aguantarlos, se irritan, les gritan y recurren al castigo o hasta los golpes; al

día siguiente se siente culpable y les vuelve a permitir todo, hasta que nuevamente no aguantan más y vuelven a gritar, a castigar o a golpear (Santrock 2002). Confundiendo a los niños que no saben como comportarse recurriendo a los berrinches y la negatividad en su protección.

Una de las formas equivocadas de educar es enojándose por aquello que creemos hizo mal el niño, pues el efecto será el que él no aprenda lo que debe o no hacer, pues su objetivo será evitar el enojo de los adultos, en lugar de aprender aquello que se le trata de enseñar. Al final, aunque el niño aprenda algo como consecuencia de los enojos y mal tratos, el costo emocional será muy alto (Verdusco y Murow, 2001).

6.2.3 Los Padres Sobreprotectores: Pueden ser permisivos o autoritarios, quieren hacer por sus hijos lo que estos pueden hacer por si mismos. La causa principal de la sobreprotección, es que los padres suelen confundirla con el amor (Barocio, 2004). El padre sobreprotector mata el instinto natural que tiene todo hijo de querer crecer y ser independiente (Santrock, 2002). El niño sano intenta una y otra vez hacer las cosas por sí solo, pero las constantes intromisiones y llamadas de atención de un adulto más fuerte que él, terminan por acabar con ese interés natural. Ante esto, el niño sucumbe y se convierte en flojo, matando así su voluntad, lo que puede llevarlo a perder la confianza en si mismo (Salguero, Torres y Ortega, 2004). Atrás de la sobreprotección existe en el padre el pensamiento vanidoso de “solo yo sé, tú no sabes o no puedes, solo yo soy el bueno y por eso yo lo hago por ti”. O cuando menos ese es el mensaje que recibe el hijo. Existe una madre o unos padres arrogantes, controladores y desconfiados.

Algunas de las características de los padres sobreprotectores son : Mienten para proteger a sus hijos, los disculpan si ofenden o agreden a alguien más o lo justifican buscando un tercer culpable, hacen las tareas que les corresponden, aún las escolares, ignoran o se molestan por las llamadas de atención de los maestros, tienen todo tipo de miedos con relación a sus hijos: a que los lastimen. A que sufran a que se enfermen, a que fracasen, a que sean infelices. Es natural que los padres tengan estos miedos; pero si permiten que invadan su vida y no sean pasajeros, empiezan a contaminar el amor por sus hijos y caen en la sobreprotección (Barocio, 2004).

La sobreprotección asfixia el natural desarrollo de los hijos, pero siempre disfrazado de amor y preocupación por ellos, la sobreprotección así enmascarada no es otra cosa que el deseo de controlar a los hijos.

Quieren decidir quienes son los amigos de sus hijos, como debe vestirse, como debe comportarse, que debe estudiar y cuales deben ser sus aficiones y, al hacerlo termina aniquilando su individualidad. (Verdusco, 2001) Cuando controlamos a los hijos los condenamos a quedarse perpetuamente inmaduros.

Las consecuencias sufridas por los hijos de estos tipo de padres es que crecen sin estructuras, caprichosos, demandantes e insatisfechos, aunque uno pudiera pensar que los niños que reciben todo, que se les consiente en todo, serían niños contentos, satisfechos y agradecidos; sin embargo, tienen un nivel muy bajo a la tolerancia a la frustración, pues no soportan una negación o que se les contradiga. Quieren siempre salirse con la suya y no tienen ninguna consideración por los demás. Para ellos, el mundo gira alrededor de sus deseos e intereses (Verdusco, 2001).

Según Barocio, estos niños crecen:

- Demandantes y egoístas. Sus deseos siempre son más importantes que los de los demás, se sienten especiales y mejores, son los únicos que cuentan y quieren atención constante, no les gusta compartir esa atención con otros y no pueden esperar.

- Caprichosos y berrinchudos. Quieren que se satisfagan sus deseos instantáneamente y no toman en cuenta a nadie, cuando no se les complace se enojan, gritan, agreden o hacen berrinche.

- Antipáticos. Cansan, fastidian y hartan a los que los rodean; sólo los padres de estos niños suelen ignorar este hecho. Tienen dificultades para relacionarse. No se adaptan fácilmente al juego de los demás, se enojan y se retiran si no los complacen, no aceptan perder.

- Envidiosos e insatisfechos. Son envidiosos, celosos y tienen dificultades para compartir, siempre quieren más y nada parece suficiente. Resulta increíble que entre más se esfuerzan los padres por darles gusto y entre más cosas les dan, más infelices parecen estar.

- Descontentos y malhumorados. A pesar de que los padres tratan de complacerlos, siempre tienen motivos para estar molestos. Los padres caen en la trampa de que si logran complacerlos en todos sus caprichos al fin serán felices.

- Flojos. Estos niños aprenden a depender de otros para que se les haga todo, están acostumbrados a recibir, más no a dar. Los adultos

complacientes que los rodean están constantemente a su servicio. Cuando no están en familia tienen dificultades para adaptarse pues no entienden porque no tienen los mismos privilegios que en su casa.

- Apáticos. Su interés en las cosas es sólo momentáneo, en poco tiempo pasan al desinterés y al aburrimiento, un momento quieren una cosa , al otro momento otra. No sienten pasión ni entusiasmo por nada.

De todas las consecuencias padecidas por los hijos de padres controladores y permisivos, la apatía es la que merece mayor atención; puesto que la apatía produce desinterés por la vida. La apatía es la negación de todas nuestras emociones, es vivir sin entusiasmo, sin pasión por casi nada, nada merece el esfuerzo, se vive “dormido despierto” buscando siempre lo más fácil, lo más cómodo, sin verdaderos sueños que impulsen al logro. Tratando entonces de realizar locuras que produzcan una descarga de adrenalina para recordar que se existe (Barocio, 2004), como carreras de autos, motos, o los juegos más peligrosos de la feria, o alcoholizándose, o drogándose. para vivir intensamente.

Otra causa de la apatía es la sobreestimulación, el niño que desde muy pequeño necesita adaptarse a un ambiente lleno de ruido, estimulación visual y continuos cambios, compensa poniendo una barrera protectora, al estar constantemente en un medio donde hay demasiados estímulos, los sentidos se cierran para protegerse, y el niño se insensibiliza, pudiendo caer en la apatía (Santrock, 2002).

La televisión contribuye por si sola, en gran parte, a la sobreestimulación; el niño crece hipnotizado ante este aparato, con un ruido constante siempre presente (Verdusco, 2001). Lo mismo sucede al dar demasiado, cuando el niño es pequeño quizá con el afán de demostrar cuanto se la quiere o por complacerlo o para llenar una necesidad interna poco consciente, se le compra cuanto juguete se exhibe en el mercado, y pronto su recámara parece una juguetería, cuando esto ocurre jugar para el niño significa tirar todos los juguetes, esto es un resultado natural, ante tantos estímulos el niño no puede enfocar su atención (Barocio. 2004). Por esto los niños que más tienen, más se aburren, puesto que se inhibe su proceso creativo de inventar y participar activamente en sus propios juegos.

Además, los niños en la actualidad viven una situación de aislamiento, viviendo en departamentos pequeños, o en casas donde no pueden jugar con los vecinos, o con familias muy reducidas o siendo hijo único, lo que limita su posibilidad de convivencia, relación y aprendizaje social. El niño tiene que aprender a convivir, por lo cual es importante que esté en un

ambiente donde trate a otros niños, se ha comprobado cuanto aprenden de sus pares; pero también es importante que pueda estar solo y entretenerse a si mismo, sin ver la tele.

6.2.4 Razones por las que los padres sienten la necesidad de dar todo, y sus consecuencias (Barocio, 2004):

- La culpa: Ya mencionada con anterioridad y la cual es muy mala consejera, cuando el niño pide que se le compre algo, la culpa suele decirnos “Como no se lo vas a comprar, si has estado fuera de casa tanto tiempo”. La culpa nos hace sentir francamente incómodos cuando nos percatamos de que no damos la atención adecuada a nuestros hijos, y la tentación de acallarla a través de complacerlos es muy atractiva (Barocio, 2004). Los niños y jóvenes se percatan pronto de esto y aprenden a manipular para conseguir lo que quieren y terminan convirtiéndose en pequeños tiranos.

- Por comodidad: Es más fácil decir “si”, a decir que “no”, el si es complaciente, agradable y simpático; el no es confrontativo, serio y puede ser agresivo. Cuando se tiene la necesidad como padre de sentirse aceptado por los hijos y queridos siempre y en todo momento por ellos, vivimos con el si constantemente en la boca (Boracio, 2004). De esta manera cuando el hijo pide un reloj carísimo, aunque no se lo merezca y me endeude, digo si, y se lo compro. Así me evito conflictos; pero la comodidad tiene un precio, me evito el conflicto momentáneamente, pero en cambio lo vuelvo demandante y caprichoso.

- Para llenar huecos emocionales: Si yo tuve limitaciones en mi infancia, económicas o emocionales, reales o imaginarias; ahora que soy padre me polarizo en el extremo opuesto y me aseguro de que mis hijos no solamente tengan todo, sino que la sociedad entera se de cuenta de ello. Los padres con carencia infantiles no resueltas buscan satisfacerlas a través de sus hijos, se identifican con sus pertenencias, las cuales les dan valor, ven a los hijos como su extensión, por lo que debo asegurarme que tengan todo”. Su necesidad està por encima del daño que puedan sufrir sus hijos, en ningún momento están pensando en si es o no necesario y adecuado cuanto les compran. Corriendo el riesgo de que crezcan creyendo que sólo son lo que poseen.

Las consecuencias cuando damos de todo a nuestros hijos sin ninguna medida ni consciencia, corremos el peligro de dejarlos atorados en la falsa creencia de “yo soy lo que tengo”, y que el sentido de su valía cuando se convierta en adulto sea la suma de sus pertenencias (Ellis, 1981). Otra

consecuencia de darles demasiado es que debilitamos su voluntad. La voluntad es la fuerza que nos hace perseverar, si todo está dado la vida se vuelve desabrida, sin el placer de lograr algo a través de la dedicación y el esfuerzo (Barocio, 2004).

Por otro lado un niño que crece sin voluntad se convierte en un joven que está a merced de todos los peligros que lo rodean, cuando no tiene esta fuerza necesaria para apoyarse, su única posibilidad es nadar con la corriente. Acepta y hace lo que para él es más sencillo y cómodo (Papalia, 1989). Es, entonces, cuando es presa fácil de aquello que le garantiza excitación sin exigir nada a cambio, aparentemente, como las drogas, el alcohol o el pandillerismo.

Por eso, cuando pensemos que quererlos es darles en exceso, recordemos que los estamos debilitando y poniendo en desventaja para cuando tengan que enfrentarse solos al mundo que les estamos heredando.

6.2.5 Los Padres Autoritarios: Son demandantes y estrictos (Verdusco y Murow, 2001), son restrictivos y punitivos (Santrock, 2002), valoran la obediencia ciega, y el orden, perciben la relación con los hijos como una relación de poder (Hernández, 1999), piensan que sólo con mano dura aprecia uno las cosas y que los golpes enseñan, que todo tiene que ganarse con el sudor de la frente, que el niño no puede tomar ninguna decisión propia, que la comunicación con ellos debe de ser mínima, salvo la que se requiere para dar lineamientos, órdenes y castigos, y que la función de los niños es sólo escuchar y obedecer (Verdusco y Murow, 2001). Esta actitud crea mucho resentimiento en los hijos, que crecen odiando (pero confundidos pues creen que tienen que querer y agradecer) a los padres que pudieron haberles dado todo, pero todo se los negaron. Los hijos de padres que llevan su dominio al extremo, al crecer pueden ser fuertes pero endurecidos o rebeldes, tener una baja autoestima y suelen ser dependientes de la opinión de otras personas (Verdusco y Murow, 2001), tienden a mostrarse ansiosos ante las comparaciones sociales, fracasan al iniciar la actividad y cuentan con destrezas pobres de comunicación (Santrock, 2001).

Hay también dentro de las familias situaciones en el que el padre puede ser autoritario por ejemplo y la madre permisiva, o viceversa. En estos casos los hijos aprenden rápidamente a cuidarse y comportarse de determinada manera con uno de los padres y recurrir al otro en busca de ayuda, consuelo y apoyo y con ello conseguir lo que quiere aunque no le sea conveniente. En estas situaciones los padres entran en conflicto casi constantemente sin lograr ponerse de acuerdo, puesto que uno saboteará el autoritarismo del otro, de manera abierta o solapada, pensando que de esta

manera asegura el cariño de los hijos, aunque la relación marital se deteriore. Nada resulta más lejos de la realidad, lo único que estamos enseñando es la hipocresía de manera flagrante (Boracio, 2004).

6.2.6 Los Padres Chantajistas: Son aquellos que se imponen manipulando los sentimientos de sus hijos; se puede considerar como un maltrato psicológico, es una práctica muy utilizada entre padres e hijos, pero eso no lo legitima, puesto que se está utilizando un arma muy destructiva, ya sea de forma poco consciente o de manera voluntaria, muchos padres logran presionar a sus hijos para que hagan, digan o piensen lo que ellos desean.

Esta manipulación se da en un contexto por demás desigual y de manera abusiva puesto que un niño no tiene ni la capacidad, ni la madurez, ni la fuerza para lograr defenderse del adulto que así lo extorsiona.

El espíritu posesivo de estos padres los puede llevar a actuar como víctimas si su hijo no actúa según su capricho o antojo, ¿es que no me quieres?, “mira, como sufro”. “después de todo lo que hago por ti”, “ya me hiciste sufrir” o “llorar”. Para que se acaten sus deseos han aprendido a provocar la culpa. Sus armas básicas son el temor y la obligación.

Los chantajista emocionales presionan y extorsionan para conseguir que se haga lo que ellos quieren (artículo revista Digital, 2010), lo que provoca consecuencias bastante negativas para el niño que lo recibe, puesto que afecta su autoestima y le crea un gran sentimiento de culpabilidad.

Todo chantajista puede utilizar diferentes armas para dominar, tales como: castigar, sufrir, prometer, amenazar o autocastigarse; también suele y puede ser encantador (artículo revista Digital, 2010).

Castigar: Amenazan “si no haces lo que digo”, asustan, inhiben y provocan miedo “ya no te voy a querer”, se valen de la vulnerabilidad de un niño ante un adulto.

Sufrir: Personas calladas y aparentemente sumisas que se valen de suspiros, llanto, sollozos, silencios eternos o mohines de disgusto, esperando se den cuenta de “su dolor” o “malestar”.

Prometer: Ofrecen el cielo a cambio de conseguir lo que desean, “si haces esto, te compraré o te llevaré ...”, o “te querré más” hacen promesas que pocas veces llevan a cabo, sus víctimas se vuelven desconfiadas.

Autocastigadores: Utilizan amenazas “si no haces eso me moriré”, logrando un sentimiento de culpabilidad e inadecuación en sus hijos, que generalmente acceden a sus deseos.

6.2.7 Los Padres Autoritativos: en 1995, Diana Baumrind, describe una opción educativa, el estilo autoritativo, que impulsa a los niños a ser independientes, pero aún impone límites y controles sobre sus acciones. Se permite la negociación verbal y los padres son cálidos y apoyan a sus hijos. Un padre autoritativo tal vez pondría su mano sobre el hombro de su hijo de una forma cariñosa y con cierta presión y diría, “Tú sabes que no debiste hacer eso, hablemos de cómo puedes mejorar la situación de forma diferente, ésta y la próxima vez”. Los hijos de padres autoritativos tienden a comportarse socialmente de forma adecuada, tienden a ser independientes, saben posponer la gratificación, se llevan bien con sus compañeros y muestran un alta autoestima (Santrock, 2001).

6.2.8 Los Padres Amigos: Existen también algunos padres que se jactan de ser los mejores amigos de sus hijos. Estos padres han desechado su papel de guías y educadores para convertirse en compañeros, para que no los vallan a confundir con un padre, pues temen parecer autoritarios o ser autoridad, se comportan como adolescentes, este tipo de padres les encanta a los amigos de sus hijos, pero si preguntamos a sus propios hijos seguramente nos dirán que sus padres les parecen ridículos. Un adolescente no necesita a un padre disfrazado de otro adolescente que compita en inmadures con él. El adolescente necesita a un adulto que tome su papel en serio y lo guíe en estos años difíciles de crecimiento (Yablonsky, 1993).

6.2.9 Conductas Practicadas en Algunos Estilos Parentales que Resultan Inadecuadas para el Desarrollo del Niño (Verdusco y Murow, 2001):

Además de la manera o estilo de ejercer la paternidad, hay algunas conductas que son con cierta frecuencia llevadas al extremo, la importancia de mencionarlas es que cuando se presentan propician un desequilibrio en el desarrollo, crecimiento y madurez de los niños, como:

- Agredir: El exceso de agresividad y hostilidad ya sea física, psicológica o emocional, provocan sentimientos de enojo, tristeza, miedo e impotencia, emociones que los niños no saben como manejar y les pueden provocar retraso en su desarrollo tanto emocional como intelectual, además de que pueden ser expresadas por los niños con otras personas generalmente más débiles que ellos, como hermanos menores o compañeros de la escuela. Esto produce una cadena interminable, porque para estos pequeños la

agresión, aunque dolorosa, parece la forma natural de relacionarse, provocándoles problemas en el entorno en que se mueven fuera de casa; Desgraciadamente estos patrones tienden a reproducirse de generación en generación. Al menos que al crecer se tome conciencia de que esta no es la forma correcta de relacionarse con nadie, menos con los hijos.

- Culpabilizar: Culpar al niño de todo lo malo que sucede con él, y aun del malestar de sus padres o de alguno de ellos, hace que el menor crezca creyendo que su presencia es el origen del malestar de los otros. El pequeño, siente que decepciona a los adultos por una falla esencial en él mismo, que es “malo”, y que no tiene alternativas para cambiar. Esto produce niños inseguros y temerosos con una pobre autoestima, sin iniciativa y con un sentimiento de desesperanza, al fin de cuentas, si algo salen mal, “es tu su culpa”.

- Rechazar: Hay muchas maneras de expresarle rechazo a un niño, ya sea de manera explícita “no, no, no, por favor, ahorita no”, “hay como molestas”, “nunca haces nada bien”, “como estorbas”, o implícita, como criticarlo constantemente o rehaciendo lo que él hizo “porque no es adecuado”, o ignorándolo “mira mamá mi dibujo”- “ahorita no, estoy ocupada”. Los niños lo perciben y se saben rechazados. Puede deberse a un sin número de motivos pero genera muchas dudas e inseguridad en el menor, ya que no ha tenido oportunidad de crearse una imagen clara y real de sí mismo, por lo que no confía en quien es, teniendo un gran impacto en su seguridad y autoestima y crecerá y vivirá con la idea de que no es aceptado.

- Distancia Afectiva: Cuando los padres no están con los hijos tanto tiempo como sería conveniente, debido a las actividades y ocupaciones que tienen. Aun cuando estas se deban a la subsistencia o por mantener un determinado nivel de vida, los niños viven esta distancia como falta de afecto. La lejanía afectiva también puede manifestarse por la falta de contacto, ya sea físico o emocional, el cual puede deberse a algunas características en los adultos, como que no les gusta, o no saben como, o piensan que es un signo de debilidad, el acariciar, jugar o expresar amor a sus hijos, también puede deberse a trastornos como la depresión o la angustia que hacen que las personas se mantengan alejados emocionalmente, así como algún otro trastorno en la personalidad.

CAPITULO SIETE

PROPUESTA

En los capítulos anteriores se ha presentado el panorama con el cual nos encontramos los padres en la actualidad, revisando también como marco de referencia las diferentes formas de aprendizaje, y las teorías del desarrollo de Piaget, Vygotsky y Erikson, como explica cada uno de ellos la manera de como aprende el ser humano, y la influencia que tiene este proceso en el desarrollo infantil y la formación de la personalidad en los niños. Analizando las distintas posibilidades que tenemos en relación con la educación de nuestros hijos, veremos que existe un camino alternativo que no tiene que ver con el autoritarismo, chantaje, permisividad o la sobreprotección. Es este camino alternativo la propuesta de este trabajo.

Un estilo parental que impulse a los niños a ser independientes, donde se platica, se negocia, se llega a acuerdos que se cumplen, pero que impone límites y control sobre sus acciones; en el cual los padres (en ocasiones junto con sus hijos, dependiendo de la edad) deben desarrollar reglas para que los niños las cumplan, y apliquen consecuencias simples y pertinentes si no lo hacen, sin dejar de ser cálidos, apoyadores, flexibles y un sostén para sus hijos. Logrando en ellos una buena autoestima que les permitirá comportarse socialmente de una forma adecuada, llevándose bien con las personas que los rodean, a tolerar la frustración y posponer la gratificación para lograr concluir sus metas.

Estas reglas y consecuencias deben de ser adecuadas al desarrollo, madurez y edad de los niños, reglas que el niño entienda que tiene que cumplir, salvo muy pocas excepciones, que no tiene que ver con los estados de ánimo de los padres (estoy de buenas, “bueno, no lo hagas”, pero si estoy de malas, “tienes que hacerlo, quieras o no”); sino con algunas situaciones diferentes y extraordinarias en la vida cotidiana (su cumpleaños, navidad, algunas visitas especiales y esporádicas, viajes, etc.); para no confundirlos, y provocarles angustia, enojo y descontrol, recordemos que los niños aprenden con la regularidad.

Para poder desarrollar las reglas que deseamos que nuestros hijos cumplan, es necesario saber, estar seguros de que es lo que queremos lograr con ellas; es necesario estar muy atentos, conscientes, haciendo un esfuerzo real y sostenido para lograrlo, como si manejáramos por una estrecha vereda que requiere de toda nuestra atención para no salirnos del camino y accidentarnos. Ésa es la dificultad, mantenernos alertas.

Observar atentamente a nuestros hijos, para poder darnos cuenta de cuándo y en qué momento es necesario otorgar y cuándo y en qué momento es necesario negar. Comprender que cuando queremos educar a nuestros hijos, lo más importante es tratar de lograr darles el mayor grado de bienestar posible, que el estar luchando y contrariándolos constantemente sólo es un indicativo de que algo anda mal. Que aunque nos dé placer comprarles todo lo que quieren, y que complacerlos es más fácil que contradecirlos, no es lo mejor para ellos. Aprender a elegir lo que les conviene, independientemente de nuestras necesidades emocionales como padres, o de nuestra comodidad y estados de ánimo.

El educar debe convertirse en un camino de doble sentido, donde los adultos respetan a los niños, pero los niños también aprenden a respetar a los adultos. Donde el padre y la madre asuman su papel de autoridad con responsabilidad, amor, agrado, dignidad y orgullo. Donde el niño se sepa protegido y seguro, al mismo tiempo que es tomado en cuenta. Educar tratando de buscar el equilibrio (entre más lo busquemos, más cerca estaremos de él), con una educación consciente, con reglas claras y con los valores que se crean convenientes para lograr un desarrollo armónico, una buena madurez y un pleno bienestar en nuestros hijos, formándolos como hombres o mujeres útiles y felices con una buena disposición hacia la sociedad con la que convive y respeto hacia la naturaleza.

Todo sistema disciplinario tiene como base una serie de valores, de los cuales derivan reglas de convivencia diaria (Vidal Schmill, 2003). De otra manera las reglas que se pretende establecer se distorsionan, pudiendo convertirse en algo absurdo y dañino para nuestros hijos, que puede resultar escaso o llevarse al exceso.

Para educar de manera armónica, y de acuerdo a los valores que resultan indispensable para convivir con los demás, es necesario hacer un alto en el camino y revisar profunda y sinceramente nuestro propio sistema de valores y creencias, aquello con lo que construimos nuestro convivir diario en el hogar y en el mundo de las personas que nos rodea. Para lo que se hace indispensable saber honestamente ¿qué valores estoy realmente tratando de inculcar en mis hijos?, ¿es verdaderamente mi conducta diaria congruente con dichos valores? y ¿soy consistente con esa congruencia, o sólo lo soy en ocasiones?. Los valores son fundamentales para educar exitosamente desde una perspectiva formativa al elaborar las reglas que regirán a nuestros hijos.

Dada la importancia de esto, debemos ser muy cuidadosos de no elevar a rango de valores nuestros miedos, caprichos y obsesiones, pues lo único

que se crearía es un caos que confundiría tanto a padres como a hijos, a los primeros, acerca de lo que pretenden lograr acerca de la educación de sus hijos, y a los segundos, acerca de que es, lo que sus padres pretenden de ellos, lo que les creará angustia y temor. No cabe duda que mientras más claros estén los valores dentro del hogar, más claras serán las reglas y se necesitarán menos de ellas para convivir armoniosamente.

Otra condición necesaria es revisar el nivel de desempeño que hemos obtenido hasta la fecha con la disciplina diaria ejercida hacia nuestros hijos dentro del modelo familiar que tenemos y, en consecuencia identificar el grado de necesidad de cambio o actualización que se requiere; para que como padres de familia inteligentes, responsables y con capacidad emocional, podamos cambiar estrategias y conductas no funcionales para lograr su bienestar.

Es importante también analizar las actitudes que se han tomado para enfrentar las conductas inaceptables de nuestros hijos, determinando el estilo general que se ha elegido y que ha generado esa atmósfera específica que se vive ahora, y que ha influido en el estilo de relaciones interpersonales con los hijos en el hogar. Adicionalmente y en forma general aumentar el nivel de consciencia en las estrategias para disciplinar a los hijos con reglas y consecuencias claras, jerarquizando las faltas de acuerdo a su gravedad, de manera inteligente, y no con pleitos, gritos, exabruptos, golpes y castigos, con rudeza innecesaria.

Las consecuencias dadas al no cumplimiento de una regla tendrán que ser advertidas y cumplidas al pie de la letra, por lo que tienen que ser muy realistas y adecuadas a la edad del niño y tipo de falla, por ejemplo: “Como no hiciste la tarea después de comer, no veras la tele en toda la semana”, esto es confuso y exagerado. De verdad ¿Cree tener el tiempo y estar dispuesto toda la semana a vigilar que se cumpla la consecuencia?; que le parece: “Ya que no hiciste la tarea después de comer como es la regla, no veras hoy tu programa favorito, como habíamos acordado”, esto es más concreto y más fácil de vigilar que se cumpla.

CONCLUSIONES

Sabemos que no es fácil hacernos conscientes y vencer los miedos, ansiedades y culpas que se generan en muchas ocasiones dentro de la labor ejercida como padre o madre de familia, y que cuando las emociones se salen de rango y se vuelven protagonistas influyen en las actitudes y decisiones que se toman, nos impiden aprender, escuchar y hasta intentar opciones diferentes. Hay miedos y ansiedades que a lo largo de la vida familiar son los principales factores que impiden a los padres actuar con sentido común, incluso ante situaciones simples. Como ya se ha mencionado la culpabilidad, es uno de los grandes enemigos, es un sentimiento autodestructivo e inútil, sin ningún punto de vista práctico, pero que a pesar de todo puede dominarnos.

Igualmente es verdad que todos los padres nos equivocamos, cometemos errores, a veces por ignorancia, a veces por temor o por ansiedad, o por encontrarnos desesperados por los problemas cotidianos, o simplemente por que somos seres humanos, errores que generalmente no son fáciles de detectar, pero, que si ponemos atención a la conducta repetitiva de nuestros hijos, es muy probable que en ella encontremos la falla o fallas en las que estamos incurriendo, lo importante en estos casos es no ignorar dichos errores, ni sentirnos culpables por ellos, sino reconocerlos, y si es posible, aprender de ellos para lograr corregirlos, o buscar la ayuda profesional que nos oriente para lograrlo.

Del mismo modo reconocemos que una disciplina congruente, con reglas claras ofrece alternativas tanto a las conductas medianamente aceptables como a las no aceptables que presenten nuestros hijos, formas para sustituir y eliminar los castigos sustituyéndolos por consecuencias. Maneras más profundas de educar, basadas en la observación sistemática y en la aplicación de los valores que se haya decidido adoptar o perpetuar en el hogar, además de la jerarquización de las conductas inaceptables para saber cuales serán las consecuencias que se aplicarán a cada una de ellas de acuerdo a la gravedad de las faltas. Tendría también que analizase alternativas de emergencia ante los comportamientos preocupantes que excedan las posibilidades de tratarlos mediante un sistema disciplinario familiar, y que requieren de una atención y asesoría profesional.

Situación en la que a de tenerse mucho cuidado, sobre todo en la actualidad en que se tiene una mayor oferta de iniciativas terapéuticas y rehabilitadoras, cuando se cree que un niño tiene alguna deficiencia o presenta algún problema y está en edad evolutiva, su vida puede verse invadida por la rehabilitación, en donde muchos de los profesionales de la salud desde su posición de poder toman toda clase de elecciones, incluso

absurdas y dolorosas, con tal de “ver al niño rehabilitado”, justificando errores que con frecuencia se cometen, como no tomar en cuenta el entorno en que se encuentra el niño. Sin saber cual es la dinámica familiar a la que está sometido. Sin tratar el problema de una manera integral, con padres y paciente como un sistema, y este sistema familiar con el rehabilitador. Tomando en cuenta que en muchas ocasiones los problemas están más en los padres que en los pacientes.

Además observamos que la participación de los padres actuales, en su gran mayoría, no es sólo el aspecto económico, sino que también colaboran cotidianamente de los cuidados y apoyos que se les da a los hijos, logrando que no sólo sea la madre el centro afectivo de la familia, ya que ellos desempeñan en gran medida esta función.

Asimismo tanto la madres como los padres de familia responsables y emocionalmente estables aun en momentos de crisis en la pareja, y a pesar de que haya conflictos constantes en el hogar o incluso cuando se llegue a la separaciones y al divorcio, saben que los niños tienen derecho a conservar su estabilidad emocional, y un desarrollo pleno donde logren llegar a ser seres humanos coherentes y estables que se hacen responsables de sus actos y aceptan las consecuencias de los mismos. Algo que una disciplina consciente, inteligente y congruente, con reglas claras les puede proporcionar.

REFERENCIAS

- Ainsworth, M. D. S. Y Bell S. M. (1970). *Apego, explotación y separación, ilustrado a través de la conducta de niños de un año en una situación extraña*. Trad. Cast. de Carrero en J. Delval (comp.) "Lecturas de psicología del niño". Madrid, Alianza, 1979.
- Bandura, A. (1987). *Teoría del aprendizaje social*. Madrid: Espasa-Calpe, S.A.
- Bernhard (1981). *Como Mejorar Conflictos de Pareja*. Pax México. Librería Carlos Cesarman, S.A.
- Biller, H. (1997). *The role of father in child development*. New York, NY: John Wiley and Sons, Inc.
- Bowlby, J. (1989). *Secure attachment*. New York: Basic Books.
- Barocio, R. (2004). *Disciplina con amor*. Pax México, Librería Carlos Cesarman, S.A.
- Chance, P. (1984). *Aprendizaje y Conducta*. México. El Manual Moderno, S.A.
- Chantaje Emocional*, Artículo original en MUNDOGAR, *Revista Digital* (2010).
- Chávez, M. A. (2002). *Tu hijo, tu espejo*. México: Random House Mondadori, S.A. C.V.
- Conger, J. (1996). *El niño, su desarrollo y personalidad*. México: Trillas.
- Delval, J. (1994). *El desarrollo humano*. España: Siglo XXI de España editores, s.a.
- Delval, J. (1979). *Lecturas de psicología del niño*. Madrid: Alianza.
- Dennis, W. (1972). *Historical readings in developmental psychology*. Nueva York. Appleton-Century-Crefts.
- Derbèz, J. (2004). *La dinámica familiar*. México: *Revista Psicología*, mayo- junio de 2004, UNAM.

- Ellis, A. (1981). *Manual de terapia racional emotiva*. Bilbao: Desclee De Brouwer. S.A.
- González, A. (1987). *El niño y su mundo*. México: Trillas.
- Harlow y Harlow (1966). *Aprendiendo a Amar*. Trad. cast. de Carretero en J. Delval (comp.) "Lecturas de psicología del niño". Madrid. Alianza, 1979.
- Hernández, L. (1999). *Hacia la salud psicológica: niños socialmente competentes*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad Universitaria, D.F.
- Hoffman, L., Paris, S. y Hall, E. (1995). *Psicología del desarrollo hoy*. Tomo I Madrid: McGraw-Hill Interamericana de España, S.A.U.
- Hoffman, L., Paris, S. y Hall, E. (1995). *Psicología del desarrollo hoy*. Tomo II Madrid: McGraw-Hill Interamericana de España. S.A.
- Juárez, P. (2006) *Padres buenos, padres malos*. México: Random House Mondadori, S.A. C.V.
- Leñero, L. (1976). *La familia*. ANUIES. México.
- León, S. (1991). *El papel de la mujer dentro de la familia*. Tesis de licenciatura, ENEP, Iztacala, México. UNAM.
- Martínez, G. (1997). *Mujeres ejecutivas en la búsqueda del equilibrio entre trabajo y familia*. En : Soledad González y Julia Tuñon (compiladoras). México. Colmes.
- Minuchin, S. (1973). *Familias y terapia familiar*. Barcelona: Gedissa Editorial.
- Murray. (1938). *Exploration in personality*. New York. Oxford University Press.
- Mussen, P. (1983). *El desarrollo psicológico del niño*. México: Trillas.
- Mussen, P. y Kagan, J. (1990). *El desarrollo de la personalidad en el niño*. México: Trillas.

- Papalia, D. (1989). *El mundo del niño*. Tomo II. México: McGraw-Hill Interamericana, S.A.
- Papalia, D Y Wendkos, S. (1992) *Psicología del desarrollo de la infancia a la adolescencia*. México, McGraw-Hill Interamericana, S.A.
- Papalia, D., Wendkos, S. y Duskin, R. (2001). *Desarrollo humano*. Bogota: McGraw-Hill Interamericana, S.A. Colombia.
- Parke, (1986). *El papel del padre*. Pax México. Librería Carlos Cesarman. S.A.
- Peniche, W. (2004). *Familias con fallas en el establecimiento de los límites, conductas disfuncionales de los hijos, características de los padres*. México: *Revista Psicología*, mayo- junio 2004, UNAM.
- Piaget, J. y Inhelder, B. (1969). *Psicología del niño*. España: Morata
- Salguero, M. A. (2003) *Vivencia de la maternidad y la paternidad en parejas donde ambos realizan una actividad remunerada*. México: *Revista Psicología*. Número 44, mayo-junio 2003, UNAM.
- Salguero, M. A., Torres, E. y Ortega P. (2004). *Antecedentes familiares y relación pareja-hijos*. México: *Revista Psicología*, marzo-abril 2004. UNAM.
- Santrock, J. W. (2002). *Psicología de la educación*. México: McGraw-Hill Interamericana Editores S.A. C.V.
- Schmill, V. (2003). *Disciplina inteligente*. México: Producciones Educación Aplicada S. de R.L. de C.V.
- Sorrentino, A. M. (1990). *Handicap y rehabilitación*. Barcelona: Paidòs Ibérica S.A.
- Tiba, I. (2008). *Quien ama educa*. México: Santillana Ediciones Generales, S.A. de C.V.
- Torres, L. (2003). Análisis de la relación de pareja. México: *Revista Psicología*. Número 44, mayo-junio 2003, UNAM.
- Verdusco Y Murow (2001). *Como poner límites a tus hijos sin dañarlos*. Pax México. Librería Carlos Cesarman. S.A.

Yablonsky, L. (1993). *Padres e hijos*. México: Manual Moderno.